EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LA VERDAD SOSPECHOSA

COMEDIA EN TRES ACTOS, Y EN VERSO

DEL INMORTAL

D. JUAN RUIZ DE ALARCON

REFUNDIDA Y ARREGLADA

POR

RAFAEL MARÍA LIERN



MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón)
PEZ, 40—OFICINAS: POZAS, 2, 2.º

1896

LA VERDAD SOSPECHOSA

LA VERDAD SOSPECHOSA

Comedia en tres actos y en verso

DEL INMORTAL

DON JUAN RUIZ DE ALARCÓN

REFUNDIDA Y ARREGLADA

POR

RAFAEL MARÍA LIERN

La primera representación de este arreglo se celebró, con gran éxito, en el TEATRO ESPAÑOL, de Madrid, la noche del 20 de Noviembre de 1896.



MADRID
SUCESORES DE RODRÍGUEZ Y ODRIÓZOLA
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1896

PERSONAJES	ACTORES
JACINTA	DOÑA M. GUERRERO.
LUCRECIA	SRTA. R. VALDIVIA.
ISABEL	» M. BUENO.
DON GARCÍA	DON F. DÍAZ DE MENDOZA.
DON BELTRÁN	» DONATO JIMÉNEZ.
TRISTÁN	» M. DÍAZ.
DON JUAN DE SOSA	» J. ROBLES.
DON JUAN DE LUNA	» A. TORNER.
DON FÉLIX	» J. MONTENEGRO.
DON SANCHO	» A. RODRÍGUEZ.
UN LICENCIADO	» A. CIRERA.
CAMINO	» J. HILARIO.
UN CRIADO	» N. N.
DOS PARROQUIANOS	COMPARSAS.

La acción en Madrid, reinando Don Felipe III.
Por derecha é izquierda la del actor.

NOTA. Las representaciones de este arreglo no devengarán derechos de propiedad en el TEATRO ESPAÑOL, de Madrid, mientras sea su concesionario, como lo es actualmente, el Sr. D. Ramón Guerrero.

AL SEÑOR

Don Fernando Díaz de Mendoza

Seguramente, amigo mío, por que he seguido con escrupulosa fidelidad los consejos de la incomparable María y los de usted—siempre valiosos—ha sido este arreglo muy del agrado del público.

Hay que tomar en cuenta, por otra parte, que María ha hecho una irreprochable Jacinta; Donato Jiménez un don Beltrán perfecto, y usted el don García que, sin duda ninguna, soñó el gran Alarcón. En sus respectivos papeles han estado bien todos los demás actores.

Por eso consigno aquí mi gratitud, y ruego á usted que particularmente sea mi intérprete cerca de María y de Donato del agradecimiento de mi alma; y al mismo tiempo, que se digne aceptar la dedicatoria de este arreglo con una bondad igual á la admiración que, al hacerla, siente por usted su apasionado amigo,

Rafael María Liern.

ACTO PRIMERO

LAS PLATERIAS

A la derecha, en primer término, casa blasonada con puerta practicable. En el piso entresuelo, gran balcón con celosía, practicable también. Bastidores de calle en los demás términos. A la izquierda, en primer término asimismo, la noble vivienda de Don Beltrán. Bocacalles en ambos lados. En el foro se supone que se halla la Puerta del Sol, y vense de modo confuso, y un poco á la derecha del espectador, las gradas de San Felipe. En segundo término, á la izquierda, una botillería practicable. Vese el interior de la tienda.

Al levantarse el telón salen simultáneamente por la primera bocacalle de la derecha Don García y el Letrado, y Don Beltrán de su casa. A cierta distancia de éste queda Tristán respetuosamente. Don García, en traje de estudiante, al ver á Don Beltrán, corre hacia él y lo abraza. Don Beltrán lo recibe amorosamente.

ESCENA PRIMERA

DON BELTRÁN, DON GARCÍA, LICENCIADO y TRISTÁN

Beltran. Con bien vengas, hijo mío.
Garcia. Dame la mano, señor.
(La besa, y en seguida le abraza).
Beltran. ¿Cómo vienes?
Garcia. El calor

del ardiente y seco estío
me ha afligido de tal suerte,
que no pudiera llevallo,
señor, á no mitigallo
con la esperanza de verte.

Beltran. Entra, pues, á descansar;
Dios te guarde. ¡Qué hombre vienes!
¿Tristán?

Tristan. ¿Señor?
(Adelantando un paso é inclinándose reverentemente).

Beltran. Dueño tienes
nuevo ya de quien cuidar.
Sirve desde hoy á García;
que tú eres diestro en la Corte,
y él bisoño.

Tristan. En lo que importe
yo le serviré de guía.

Beltran. No es criado el que te doy; (A Don García).
más consejero y amigo.

Garcia. Tendrá ese lugar conmigo.

Tristan. Vuestro esclavo humilde soy,
como de vuesas mercedes.
(Entra con Don García en la vivienda de Don Beltrán).

ESCENA II

DON BELTRÁN y EL LETRADO

Beltran. No es mi cortesía escasa,
mas no entréis en casa; en casa
oyen hasta las paredes. (Con cierto sigilo).
Deme el señor Licenciado
los brazos. (Otro tono).

Letrado. (Se abrazan). Los vuestros pido.

Beltran. Tomadlos. ¿Cómo ha venido?

Letrado. Bueno, contento y honrado
de mi señor Don García,
á quien tanto amor cobré,
que no sé cómo podré
vivir sin su compañía.

Beltran. Dios le guarde; que, en efeto, (Halagado).
siempre el señor Licenciado
claros indicios ha dado
de agradecido y discreto.

Letrado. (Halagado). En cualquier tiempo y lugar
he de ser vuestro criado.

Beltran. Ya, pues, señor Licenciado,
que el timón ha de dejar
de la nave de García
y yo he de encargarme del,
que hiciese por mí y por él
sólo una cosa quería.

Letrado. Ya, señor, alegre espero
lo que me queráis mandar.

Beltran. La palabra me ha de dar
de que lo ha de hacer primero.

Letrado. Por Dios juro de cumplir,
señor, vuestra voluntad.

Beltran. Que me diga una verdad
le quiero sólo pedir.
Ya sabe que fué mi intento
que el camino que seguía
de las letras Don García,
fuese su acrecentamiento;
que para un hijo segundo
como él era, es cosa cierta
que es esta la mejor puerta
para las honras del mundo;
mas como Dios se sirvió
de llevarse á Don Gabriel,
mi hijo mayor, y así en él (Por García).
mi mayorazgo quedó,
determiné que, dejada
esa profesión, viniese
á Madrid, donde estuviese,
como es cosa acostumbrada,
entre ilustres caballeros,
en España, porque es bien
que las nobles casas den
á su rey sus herederos;
pues como es ya Don García
hombre que no ha de tener

maestro, y ha de correr
su gobierno á cuenta mía,
y mi paternal amor
con justa razón desea,
que ya que el mejor no sea,
no le noten por peor,
quiero, señor Licenciado
que me diga claramente,
sin lisonja, lo que siente
—supuesto que lo ha criado—
de su modo y condición,
de su trato y ejercicio,
y á qué género de vicio
muestra más inclinación;
si tiene alguna costumbre,
que yo cuide de enmendar;
no pienso que me ha de dar
con decirlo pesadumbre.
Que él tenga vicio es forzoso;
que me pese, claro está;
mas saberlo me será
útil, cuando no gustoso.
Antes, en nada, á fe mía,
hacerme puede mayor
placer, ó mostrar mejor
lo bien que quiere á García,
que en darme este desengaño,
cuando provechoso es,
si he de saberlo después
que haya sucedido el daño.

LICENC. Tan extraña prevención,
señor, no era menester
para reducirme á hacer
lo que tengo obligación.
De mi señor Don García,
todas las acciones tienen
cierto acento en que convienen
con su alta genealogía.
Es magnánimo y valiente;
es sagaz y es ingenioso;
es liberal y piadoso;
si repentino, prudente.

No trato de las pasiones
propias de la mocedad,
porque en esas, con la edad
se mudan las condiciones.
Mas una falta, no más,
es la que le he conocido,
que por más que le he reñido,
no se ha enmendado jamás.

Beltran. ¿Cosa que á su calidad
será dañosa en Madrid?

Licenc. Puede ser. (Con cierto temor).

Beltran. Cuál es... decid.

Licenc. No decir siempre verdad.

Beltran. ¡Jesús, qué cosa tan fea
en hombre de obligación!

Licenc. Yo pienso que condición
ó mala costumbre sea.
Con la mucha autoridad
que con él tenéis, señor,
junto con que ya es mayor,
su cordura, con la edad,
ese vicio perderá.

Beltran. Si la vara no ha podido
en tiempo que tierna ha sido
enderezarse, ¿qué hará
siendo ya tronco robusto? (Con amargura).

Licenc. En Salamanca, señor,
son mozos, gastan humor,
sigue cada cual su gusto;
hacen donaire del vicio;
gala de la travesura;
grandeza de la locura,
hace al fin la edad su oficio;
mas en la Corte mejor
su enmienda esperar podemos,
donde tan validas vemos
las escuelas del honor.

Beltran. Casi me mueve á reir
ver cuán ignorante está
de la Corte. ¿Luego acá
no hay quien le enseñe á mentir?
En la corte, aunque haya sido

un extremo Don García,
hay quien le dé cada día
mil mentiras de partido.
Créame, que si García
mi hacienda, de amores ciego,
disipara, ó en el juego
consumiera noche y día;
si fuese de ánimo inquieto,
ó á pendencias inclinado;
si mal se hubiera casado,
si se muriera en efecto,
no lo llevara tan mal
como que su falta sea
mentir. ¡Qué cosa tan fea,
qué opuesta á mi natural!
Ahora bien, lo que he de hacer
es casarle brevemente,
antes que este inconveniente
conocido llegue á ser.
Yo quedo muy satisfecho
de su buen celo y cuidado,
y me confieso obligado
del bien que en esto me ha hecho.
¿Cuándo ha de partir?

LICENC. Querría
luego.

BELTRAN. ¿No descansará
algún tiempo y gozará
de la Corte?

LICENC. Dicha mía
fuera quedarme con vos;
pero mi oficio me espera.

BELTRAN. Ya entiendo; volar quisiera
porque va á mandar. Adiós.
(Veré á Jacinta).
(Vase por una calle de la derecha).

LICENC. ¡Qué extraño
dolor dió al viejo la nueva!
Al fin el más sabio lleva
ágriamente un desengaño.
(Vase por la primera calle de la derecha).

ESCENA III

DON GARCÍA y TRISTÁN

Vienen por la puerta de la derecha, en cuya casa entraron. Don García viene gallardamente ataviado.

GARCIA. ¿Díceme bien este traje?
TRISTAN. Divinamente, señor.
¡Bien hubiese el inventor
de este holandesco follaje!
Con un cuello apanalado,
¿qué fealdad no se enmendó?
Yo sé una dama á quien dió
cierto amigo gran cuidado
mientras con cuello le vía,
y una vez que llegó á verle
sin él, la obligó á perderle
cuanta afición le tenía.
Las narices le crecieron,
mostró un gran palmo de oreja,
y las quijadas, de vieja
en lo enjuto parecieron;
al fin el galán quedó
tan otro del que solía,
que no le conocería
la madre que lo parió.
GARCIA. Por esa y otras razones
me holgara de que saliera
premática que impidiera
esos vanos canjilones.
Una valoncilla angosta
usándose, le estuviera
bien al rostro, y se anduviera
más á gusto á menos costa.
Y no que con tal cuidado
sirve un galán á su cuello,
que por no descomponello
se obliga á andar empalado.
TRISTAN. Yo sé quien tuvo ocasión
de abrazar su amada bella,

y no osó llegarse á ella
por no ajar un canjilón.
Y esto me tiene confuso.
Todos dicen que se holgaran
de que valonas se usaran,
y nadie comienza el uso.

GARCIA. De gobernar nos dejemos
el mundo. ¿Qué hay de mujeres?

TRISTAN. ¿El mundo dejas y quieres
que la carne gobernemos?
¿Es más fácil?

GARCIA. Más gustoso.

TRISTAN. ¿Eres tierno?

GARCIA. Mozo soy.

TRISTAN. Pues en lugar entras hoy
donde amor no vive ocioso.
Resplandecen damas bellas
en el cortesano suelo
de la suerte que en el cielo
brillan lucientes estrellas.
En el vicio y la virtud
y el estado, hay diferencia,
como es varia su influencia,
resplandor y magnitud.
Y así, sin fiar en ellas,
lleva un pensamiento solo,
y es que el dinero es el polo
de todas estas estrellas.

GARCIA. ¿Eres astrólogo?

TRISTAN. Oí
en tiempo que pretendía
en palacio astrología.

GARCIA. ¿Luego has pretendido?

TRISTAN. Fuí
pretendiente por mi mal.

GARCIA. ¿Cómo en servir has parado?

TRISTAN. Señor, porque me han faltado
la fortuna y el caudal.
Aunque el que te sirve en vano
por mejor suerte suspira.

GARCIA. Deja lisonjas, y mira
el marfil de aquella mano.

(Mirando á la derecha).
El divino resplandor
de aquellos ojos que juntas,
despiden entre las puntas
flechas de muerte y amor.

Tristan. ¿Dices aquella señora
que va en el coche?
(Siguen mirando á la derecha con gran interés).

Garcia. Pues ¿cuál
merece alabanza igual?

Tristan. ¡Qué bien encajaba agora
eso del coche del sol,
con todos sus adherentes
de rayos de fuego ardientes
y deslumbrante arrebol!

Garcia. La primer dama que vi
en la corte me agradó.

Tristan. ¿La primera en tierra?

Garcia. No.
La primera en cielo, sí;
que es divina esta mujer.

Tristan. Por puntos las toparás
tan bellas, que no podrás
ser firme en un parecer.
Yo nunca he tenido aquí
constante amor ni deseo,
pues siempre, por la que veo,
me olvido de la que vi.

Garcia. ¿Dónde ha de haber resplandores
que borren los destos ojos?

Tristan. Miráslos ya con antojos,
que hacen las cosas mayores.

Garcia. ¿Conoces, Tristán?

Tristan. No humanes
lo que por divino adoras,
porque tan altas señoras
no tocan á los Tristanes.

Garcia. Pues yo, al fin, quien fuere sea,
la quiero, y he de servilla.
Tú puedes, Tristán, seguilla.

Tristan. Detente, que ella se apea.
Advierte, señor, si aquella

que tras ella sale agora
puede ser sol de su aurora,
ser aurora de su estrella.

GARCIA. Hermosa es también.

TRISTAN. Pues mira
si la criada es peor.

GARCIA. El coche es arco de amor,
y son flechas cuantas tira.
Yo llego. (Intenta dirigirse á la derecha).

TRISTAN. ¿Sí? Pues advierte... (Le detiene).

GARCIA. ¿Qué?

TRISTAN. Que á la mujer rogando,
y con el dinero dando.

GARCIA. Consista en eso mi suerte.

TRISTAN. Pues yo, mientras hablas, quiero
que me haga una relación
el cochero de quién son.

GARCIA. ¿Dirálo?

TRISTAN. Sí, que es cochero.
(Vase por la primera de la derecha).

ESCENA IV

DON GARCÍA; JACINTA, LUCRECIA é ISABEL, con mantos. Tropieza al salir, y cae Jacinta. Corre Don García á darle la mano. Vienen por la primera de la derecha.

JACINTA. ¡Válame Dios!

GARCIA. Esta mano
os servid de que os levante,
si merece ser Atlante
de un cielo tan soberano.

JACINTA. Atlante debéis de ser,
pues la llegáis á tocar.

GARCIA. Una cosa es alcanzar,
y otra cosa es merecer.
¿Qué victoria es la beldad
alcanzar, porque me abraso,
si es favor que debo al caso,
y no á vuestra voluntad?
Con mi propia mano así

el cielo, mas ¿qué importó,
si ha sido porque él cayó
y no por que yo subí?

JACINTA. ¿Para qué fin se procura
merecer?

GARCIA. Para alcanzar.

JACINTA. Llegar al fin, sin pasar
por los medios, ¿no es ventura?

GARCIA. Sí.

JACINTA. Pues ¿cómo estáis quejoso
del bien que os ha sucedido,
si el no haberlo merecido
os hace más venturoso?

GARCIA. Porque como las acciones
del agravio y del favor
reciben todo el valor
sólo de las intenciones,
por la mano que os toqué
no estoy yo favorecido
si haberlo vos consentido,
con esa intención no fué.
Y así sentirme dejad
que cuando tal dicha gano,
venga sin alma la mano
y el favor sin voluntad.

JACINTA. Si la vuestra no sabía
de que agora me informáis,
injustamente culpáis
los defectos de la mía.

ESCENA V

DICHOS; TRISTÁN, saliendo para pasar á la izquierda.

TRISTAN. (El cochero hizo su oficio;
nuevas tengo de quien son).

GARCIA. ¿Que hasta aquí de mi afición
nunca tuvísteis indicios?

JACINTA. ¿Cómo, si jamás os vi?

GARCIA. Tan poco ha valido. ¡Ay, Dios
más de un año que por vos

he andado fuera de mí!

Tristan. (Un año, y ahora llegó
á la Corte). (Asombrado).

Jacinta. Bueno á fe.
¡Más de un año! Juraré
que no os vi en la vida yo.

Garcia. Cuando del indiano suelo
por mi dicha llegué aquí,
la primer cosa que vi
fué la gloria de ese cielo;
(Más asombro en Tristán cuando oye lo de indiano).
y aunque os entregué al momento
el alma, habéislo ignorado,
porque ocasión me ha faltado
de deciros lo que siento.

Jacinta. ¿Sois indiano?

Garcia. Y tales son
mis riquezas, pues os vi,
que al minado Potosí
le quitó la presunción.

Tristan. (¡Indiano!) (Asombro creciente).

Jacinta. ¿Y sois tan guardoso
como la fama los hace?

Garcia. Al que más avaro nace,
le hace el amor dadivoso.

Jacinta. Luego si decís verdad,
¿famosas ferias espero?

Garcia. Si es que ha de dar el dinero
crédito á la voluntad,
serán pequeños empleos,
para mostrar lo que adoro,
daros tantos mundos de oro
como vos me dais deseos.
Mas ya que ni al merecer
de esa divina beldad,
ni á mi inmensa voluntad
ha de igualar el poder,
por lo menos os servid
que esa tienda que os franqueo
(Una de la izquierda oculta).
dé señal de mi deseo.

Jacinta. (No vi tal hombre en Madrid.

Lucrecia, ¿qué te parece
del indiano liberal?)
LUCREC. (Que no me parece mal,
Jacinta, y que lo merece).
GARCIA. Las joyas que gusto os dan
tomad de ese aparador.
TRISTAN. (Mucho te arrojas, señor).
GARCIA. (Estoy perdido, Tristán).
(Al oído de Tristán).
ISABEL. Don Juan viene.
(A las damas, después de mirar á la segunda calle de la izquierda).
JACINTA. Yo agradezco,
señor, lo que me ofrecéis.
(Pasan á la izquierda).
GARCIA. Mirad que me agraviaréis,
si no lográis lo que ofrezco.
JACINTA. Yerran vuestros pensamientos,
caballero, en presumir
que puedo yo recibir
más que los ofrecimientos.
GARCIA. Pues ¿qué ha alcanzado de vos
el corazón que os he dado?
JACINTA. El haberos escuchado.
GARCIA. Yo lo estimo.
JACINTA. Adiós.
GARCIA. Adiós;
y para amaros me dad
licencia.
JACINTA. Para querer
no pienso que há menester
licencia la voluntad.
(Vanse las tres por la primera calle de la izquierda).

ESCENA VI

DON GARCÍA y TRISTÁN

GARCIA. Síguelas.
TRISTAN. Si te fatigas,
señor, por saber la casa

de la que en amor te abrasa,
ya la sé.
(Están casi en la derecha del proscenio).

GARCIA. Pues no las sigas,
que suele ser enfadosa
la diligencia importuna.

TRISTAN. «Doña Lucrecia de Luna
se llama la más hermosa,
que es mi dueño, y la otra dama
que acompañándola viene,
sé dónde la casa tiene;
mas no sé cómo se llama.»
Esto respondió el cochero.

GARCIA. Si es Lucrecia la más bella,
no hay más que saber, pues ella
es la que habló y la que quiero;
que, como el autor del día,
las estrellas deja atrás
desta suerte á las demás
la que me cegó vencía.

TRISTAN. Pues á mí la que no habló
me pareció más hermosa.

GARCIA. ¡Qué buen gusto!

TRISTAN. Es cierta cosa
que no tengo voto yo.
Mas soy tan aficionado
á cualquier mujer que calla,
que bastó para juzgalla
más hermosa haber callado.
Mas dado, señor, que estés
errado tú; presto espero,
preguntándole al cochero
la casa, saber cuál es
esa esfera venturosa
que da elíptica á la luna.

ESCENA VII

DICHOS; DON JUAN DE SOSA y DON FELIX, por la segunda calle de la izquierda.

J. SOSA. «Música y cena.» ¡Ah, fortuna!
GARCIA. ¿No es este Don Juan de Sosa?
TRISTAN. El mismo.
J. SOSA. ¿Quién puede ser
el amante venturoso
que me tiene tan celoso?
FELIX. Que lo vendréis á saber
á pocos lances confío.
J. SOSA. ¡Que otro amante le haya dado
á quien mía se ha nombrado
música y cena en el río!
GARCIA. ¿Don Juan de Sosa? (Llegándose á él).
J. SOSA. ¿Quién es?
GARCIA. Ya olvidáis á Don García.
J. SOSA. Veros en Madrid lo hacía,
y el nuevo traje... (Danse las manos).
GARCIA. Después
que en Salamanca me vistéis,
muy otro debo de estar.
J. SOSA. Más galán sois de seglar
que de estudiante lo fuísteis.
¿Venís á Madrid de asiento?
GARCIA. Sí.
J. SOSA. Bien venido seáis.
GARCIA. Vos, Don Felix, ¿cómo estáis?
FELIX. De veros, por Dios, contento.
Vengáis bueno enhorabuena.
GARCIA. Para serviros. ¿Qué hacéis?
¿De qué habláis? ¿En qué entendéis?
J. SOSA. En cierta música y cena
que en el río dió un galán
esta noche á una señora
era la plática agora.
GARCIA. ¿Música y cena, Don Juan?
(Disponiéndose á mentir, como si tuviera conocimiento de la fiesta).

¿Y anoche?
J. Sosa. Sí.
Garcia. ¿Mucha cosa?
¿Grande fiesta?
J. Sosa. Así es la fama.
Garcia. ¿Y muy hermosa la dama?
J. Sosa. Dícenme que es muy hermosa.
Garcia. Bien. (Sonriendo).
J. Sosa. ¿Qué misterios hacéis?
Garcia. De que alabéis por tan buena
esa dama y esa cena,
si no es que alabando estáis
mi fiesta y mi dama así.
J. Sosa. ¿Pues tuvísteis también boda
anoche en el río? (Admirado).
Garcia. Toda
en eso la consumí.
Tristan. (¿Qué fiesta ó qué dama es esta,
si en Madrid no estaba ayer?)
(En el colmo del asombro).
J. Sosa. ¿Ya tenéis á quien hacer
tan recién venido fiesta?
Presto el amor dió con vos.
Garcia. No há tan poco que he llegado,
que un mes no haya descansado.
Tristan. (¡Y ahora llega!... ¡Voto á Dios!
El lleva alguna intención).
J. Sosa. No lo he sabido, á fe mía,
que al punto acudido habría
á cumplir mi obligación.
Garcia. He estado hasta aquí secreto.
J. Sosa. Esa la causa habrá sido
de no haberlo yo sabido.
Pero ¿la fiesta, en efecto,
fué famosa?
Garcia. Por ventura
no la vió mejor el río.
J. Sosa. (Yo de celos desvarío).
¿Quién duda que la espesura
del Sotillo el sitio os dió?
Garcia. Tales señas me vais dando,
Don Juan, que voy sospechando

que lo sabéis como yo.
J. SOSA. No estoy del todo ignorante,
aunque todo no lo sé;
dijéronme no sé qué
confusamente, bastante
á tenerme deseoso
de escucharos la verdad;
forzosa curiosidad
en un cortesano ocioso
(ó en un amante con celos).
FELIX. (Advertid cuán sin pensar
os ha venido á mostrar
vuestro contrario los celos).
(Aparte á Don Juan).
GARCIA. Pues á la fiesta atended;
contaréla, ya que veo
que os fatiga ese deseo.
J. SOSA. Haréisnos mucha merced.
GARCIA. Entre las opacas sombras
y opacidades espesas
que el Soto formaba de olmos,
y la noche de tinieblas,
se ocultaba una cuadrada,
limpia y olorosa mesa
á lo italiano curiosa,
á lo español opulenta.
En mil figuras prensados
manteles y servilletas,
sólo invidiaban las almas
á las aves y á las fieras.
Cuatro aparadores puestos
en cuadra correspondencia,
la plata blanca y dorada,
vidrios y barros ostentan.
Quedó con ramas un olmo
en todo el Sotillo apenas;
que de ellos se edificaron
en varias partes seis tiendas.
Cuatro coros diferentes
ocultan las cuatro de ellas;
otra, principios y postres,
y las viandas, la sexta.

Llegó en su coche mi dueño
dando invidia á las estrellas,
á los aires suavidad
y alegría á la ribera.
Apenas el pie, que adoro,
hizo esmeraldas la hierba,
hizo cristal la corriente,
las arenas hizo perlas,
cuando en copia disparados
cohetes, bombas y ruedas,
toda la región del fuego
bajó en un punto á la tierra.
Aún no las sulfúreas luces
se acabaron, cuando empiezan
las de veinticuatro antorchas
á obscurecer las estrellas;
empezó primero el coro
de chirimías; tras ellas
el de las vihuelas de arco
sonó en la segunda tienda.
Salieron con suavidad
las flautas de la tercera,
y en la cuarta cuatro voces
con guitarras y arpas suenan.
Entre tanto se sirvieron
treinta y dos platos de cena,
sin los principios y postres,
que casi otros tantos eran.
Las frutas y las bebidas
en fuentes y tazas, hechas
del cristal que da el invierno
y el artificio conserva,
de tanta nieve se cubren,
que Manzanares sospecha
cuando por el Soto pasa
que camina por la Sierra.
En un hombre de diamantes,
delicadas de oro flechas,
al sauce, al junco y al mimbre
quitaron su preeminencia,
que han de ser oro las pajas
cuando los dientes son perlas.

En esto, todos á un tiempo,
los cuatro coros comienzan
desde conformes distancias
á suspender las esferas;
tanto, que, envidioso Apolo,
apresuró su carrera
por que el principio del día
pusiese fin á la fiesta.

J. SOSA. Por Dios, que la habéis pintado
de colores tan perfetas,
que no trocara el oirla
por haberme hallado en ella.

TRISTAN. (Válate al diablo por hombre.
¡Que tan de repente pueda
pintar un convite tal
que á la verdad mesma venza!)

J. SOSA. (Rabio de celos). (A Don Félix).

FELIX. (No os dieron
del convite tales señas).

J. SOSA. (Qué importa, si en la sustancia
el tiempo y lugar concuerdan).

GARCIA. ¿Qué decís?

J. SOSA. Que fué el festín
más célebre que pudiera
hacer Alejandro Magno.

GARCIA. ¡Oh! son niñerías estas
ordenadas de repente.
(Con petulante indiferencia).
Dadme vos que yo tuviera
para prevenirme un día,
que á las romanas y griegas
fiestas que al mundo admiraron
nueva admiración pusiera.

FELIX. Jacinta es la que allí veo
acompañando á Lucrecia.
(Aparte y mirando á la izquierda).

J. SOSA. (Los ojos á Don García
se le van, por Dios, tras ella).

FELIX. Inquieto está y divertido.

J. SOSA. Ciertas son ya mis sospechas.

GARCIA. Adiós. } (Simultáneamente y de modo seco. Vanse
J. SOSA. Adiós. } los dos por la izquierda segundo término).

FELIX. Entrambos á un punto
fuísteis á una cosa mesma.

ESCENA VIII

DON GARCÍA y TRISTÁN

TRISTAN. No vi jamás despedida
tan conforme y tan resuelta.
GARCIA. Aquel cielo, primer móvil
de mis acciones, me lleva
arrebatado tras sí.
TRISTAN. Disimula y ten paciencia,
que el mostrarse muy amante,
antes daña que aprovecha.
GARCIA. Es verdad, mas no soy dueño
de mí mismo.
TRISTAN. Hasta que sepas
extensamente su estado,
no te entregues tan de veras,
que suele dar quien se arroja,
creyendo las apariencias,
en un pantano cubierto
de verde engañosa hierba.
GARCIA. Pues hoy te informas de todo.
TRISTAN. Eso queda por mi cuenta.
Y agora, antes que reviente,
dime, por Dios, ¿qué fin llevas
en las ficciones que he oído,
siquiera para que pueda
ayudarte? Que cogernos
en mentira será afrenta.
Perulero te fingiste
con las damas.
GARCIA. Cosa es cierta,
Tristán, que los forasteros
tienen más dichas con ellas.
TRISTAN. Ese fin está entendido;
mas pienso que el medio yerras,
pues han de saber al fin
quien eres.

GARCIA. Cuando lo sepan
habré ganado en su casa
ó en su pecho ya las puertas
con este medio, y después
yo me entenderé con ellas.

TRISTAN. Digo que me has convencido,
señor, mas agora venga
lo de haber un mes que estás
en la Corte. ¿Qué fin llevas
habiendo llegado hoy?

GARCIA. Ya sabes tú que es grandeza
esto de estar encubierto.

TRISTAN. Vaya muy enhorabuena.
Lo del convite entre agora.

GARCIA. Fingilo porque me pesa
que piense nadie que hay cosa
que mover mi pecho pueda
á envidia ó admiración,
pasiones que al hombre afrentan.
Tú no sabes á qué sabe
cuando llega un portanuevas
muy orgulloso á contar
una hazaña ó una fiesta,
taparle la boca yo
con otra tal, que se vuelva
con sus nuevas en el cuerpo
y que reviente con ellas.

TRISTAN. Caprichosa prevención,
si bien peligrosa treta.
La fábula de la Corte
serás si la flor te entrevan.
Mas allí viene tu padre,
y por allí vienen ellas.
No les hables; ocultémonos.

GARCIA. Yo burlaré su presencia.

(Vanse por la casa de Don Beltrán).

ESCENA IX

JACINTA, ISABEL y LUCRECIA; luego, DON BELTRÁN y DON SANCHO.

Aquéllas por la izquierda, y éstos por la derecha.

LUCREC. De galantería pasa
el deseo.
JACINTA. Por mostraros
que os estimo, acompañaros
debo á vuestra misma casa.
(Pasan á la derecha).
LUCREC. ¿Queréis honrarla?
JACINTA. Me hacéis
favor, mas...
LUCREC. Es mi deseo.
JACINTA. Llevarme en coche á paseo
ya honra fué.
LUCREC. Más merecéis.
(Salúdanse. Entra Lucrecia en su casa).
BELTRAN. ¿Es lisonja? No, por Dios.
SANCHO. Lisonja el cortés procura.
BELTRAN. Ha sido grande ventura
haber topado con vos.
No hallar en casa á Jacinta
fué la causa... (Todo á Don Sancho).
ISABEL. El perulero
debe ser rico; el dinero
se trasluce, y por la pinta...
JACINTA. ¡Don Beltrán! (Viéndole. Llega á él).
BELTRAN. ¡Jacinta bella!
SANCHO. Es gran milagro.
JACINTA. ¿Qué pasa?
BELTRAN. El venir de vuestra casa
cuando estáis ausente de ella.
SANCHO. ¡Y aquí veros!
JACINTA. Yo, ignorando
el bien que en casa tenía,
me tardé en la joyería
ciertas joyas concertando. (Finge).

Beltran. Feliz pronóstico dais
al pensamiento que tengo:
cuando casaros prevengo,
comprando joyas estáis.
Con Don Sancho, vuestro tío,
tengo tratado, señora,
hacer parentesco agora
nuestra amistad; y confío,
puesto que como discreto
dice Don Sancho que es justo
remitirse á vuestro gusto,
que esto ha de tener efeto;
que pues es la hacienda mía,
y calidad tan patente,
sólo falta que os contente
la persona de García.
Y aunque hoy mismo á Madrid vino
de Salamanca el mancebo,
y de envidia el rubio Febo
lo ha abrasado en el camino,
bien me atreveré á penello
ante vuestros ojos claros,
fiando que ha de agradaros
desde la planta al cabello,
si licencia le otorgáis
para que os bese la mano.

Jacinta. Encarecer lo que gano
con la mano que me dais,
si es notorio, es vano intento;
que estimo de tal manera
las prendas vuestras, que diera
luego mi consentimiento,
á no haber de parecer,
por lo que con ello gano,
arrojamiento liviano
en una honrada mujer.
Que el breve determinarse
en cosas de tanto peso,
ó es tener muy poco seso
ó gran gana de casarse.
Y en cuanto á que yo lo vea,
me parece, si os agrada,

que para no arriesgar nada,
pasando la calle sea;
que, si como suele ser,
y sucede á cada paso,
después de tratarle, acaso
se viniese á deshacer,
¿de qué me hubiera servido,
ó qué opinión me darán
las visitas de un galán
con licencias de marido?

BELTRAN. Ya, por vuestra gran cordura,
si García es vuestro esposo,
le tendré por tan dichoso
como por vuestra hermosura.

SANCHO. De prudencia puede ser
un espejo lo que oís.

BELTRAN. No sin causa os remitís,
Don Sancho, á su parecer.
Esta tarde con García
á caballo pasaré
vuestra calle.

JACINTA. Yo estaré
detrás de una celosía.

BELTRAN. Que le miréis bien os pido.

JACINTA. Y á casa podéis subir
más tarde.

BELTRAN. Sí; iré á inquirir
cómo os haya parecido.
Y adiós.

JACINTA. Adiós.

SANCHO. Me esperáis.
(Con cierta autoridad).

JACINTA. Bien, señor. (Humildemente).

SANCHO. Recogeré
esas cartas. Pasaré,
puesto que licencia dais.
(Entran los dos en la casa de Don Beltrán después de los cumplidos y ofrecimientos de rúbrica).

ESCENA X

JACINTA é ISABEL

Isabel. Mucha prisa te da el viejo.
Jacinta. Yo se la diera mayor;
pues tan bien le está á mi honor
si á diferente consejo
no me obligara el amor,
que aunque los impedimentos
del hábito de Don Juan,
dueño de mis pensamientos,
forzosa causa me dan
de admitir otros intentos,
como su amor no despido
por mucho que lo deseo,
el vive en el alma asido...
Tiemblo, Isabel, cuando creo
que otro ha de ser mi marido.
Isabel. Yo pensé que ya olvidabas
á Don Juan, viendo que dabas
lugar á otras pretensiones.
Jacinta. Cáusanlo estas ocasiones,
Isabel; no te engañabas;
¿por ventura encontraré
alguno tal que merezca
que mano y alma le dé?
Isabel. No dudo que el tiempo ofrezca
sujeto digno á tu fe.
Y si no me engaño yo,
hoy no te desagradó
el galán indiano.
Jacinta. Amiga,
¿quieres que verdad te diga?
Pues muy bien me pareció.
Y tanto, que te prometo
que si fuera tan discreto,
tan gentilhombre y galán
el hijo de Don Beltrán,
tuviera la boda efecto.

ISABEL. Esta tarde le verás
con su padre por la calle.
JACINTA. Veré sólo el rostro y talle;
el alma, que importa más,
quisiera ver con hablalle.
ISABEL. Háblale.
JACINTA. Hase de ofender
Don Juan si llega á sabello,
y no quiero hasta saber
que de otro dueño he de ser,
determinarme á perdello.
ISABEL. Sin que lo sepa Don Juan
podrás hablar, si tú quieres,
al hijo de Don Beltrán;
que como en su centro están
las trazas en las mujeres.
JACINTA. Una pienso que podría
en este caso importar.
Lucrecia es amiga mía;
ella puede hacer llamar
de mi parte á Don García,
que como secreta esté,
yo con ella en su ventana
este fin conseguiré.
ISABEL. Industria tan soberana
sólo de tu ingenio fué.

ESCENA XI

DICHAS y DON JUAN DE SOSA

J. SOSA. Ya, Jacinta, que te pierdo;
ya que yo me pierdo; ya...
(Como desvariando de furor).
JACINTA. ¿Estás loco?
J. SOSA. ¿Quién podrá
estar con tus cosas cuerdo?
JACINTA. Repórtate y habla paso,
que venir puede mi tío.
(Señala á la izquierda).

J. SOSA. Cuando á cenar vas al río,
¿cómo haces de él poco caso?
JACINTA. ¿Qué dices? ¿Estás en ti? (Irritada).
J. SOSA. Cuando para trasnochar
con otro tienes lugar,
¿tienes tío para mí? (Sofocado).
JACINTA. ¿Trasnochar con otro? Advierte
que aunque eso fuera verdad,
era mucha libertad
hablarme á mí de esa suerte,
cuando más que es desvarío
de tu loca fantasía. (Altiva y ofendida).
J. SOSA. Ya sé que fué Don García
el de la fiesta del río. (Fuera de sí).
Ya los fuegos que á tu coche,
Jacinta, la salva hicieron;
ya las antorchas que dieron
sol al Soto á media noche...
Todo lo sé, y sé que el día
te halló, enemiga, en el río...
¡Di agora que es desvarío
de mi loca fantasía!
¡Di agora que es libertad
el hablarte de esta suerte,
cuando obligan á ofenderte
mi agravio y tu liviandad!
JACINTA. Plegue á Dios...
J. SOSA. Deja invenciones;
calla, no me digas nada,
que en ofensa averigüada
no sirven satisfacciones.
Ya, falsa, ya sé mi daño;
no niegues que te he perdido;
tu mudanza me ha ofendido,
no me ofende el desengaño.
Mas, cruel, ¡viven los cielos
que no has de vivir contenta!
Abrásete, pues revienta
este volcán de mis celos.
El que me hace desdichado
te pierda, pues yo te pierdo.
JACINTA. ¿Tú estás cuerdo?

J. SOSA. ¿Cómo cuerdo,
amante y desesperado?

JACINTA. Vuelve, escucha, que si vale
la verdad, presto verás
cuán mal informado estás.

J. SOSA. Vóime, que tu tío sale...

JACINTA. No sale, escucha, que fío
satisfacerte.

J. SOSA. Es en vano
si aquí no me das la mano.

JACINTA. ¿La mano? Sale mi tío.

(De modo cómico. Corre hacia la puerta de la vivienda de Don Beltrán, por la que aparece Don Sancho, cuyo brazo toma. Descúbrese Don Juan respetuosamente.—*Telón rápido.*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. La acción en este acto empieza poco antes de anochecer.

ESCENA PRIMERA

DON GARCÍA, TRISTÁN y CAMINO. Tristán sale de la botillería y topa con su señor. Camino, con una carta en la mano, viene por la derecha. Don García sale por la primera de la izquierda.

GARCIA. Promesa con juramento
hice de no descubrillo.
TRISTAN. A ver si le da el vinillo
más luz al entendimiento.
¡Aloque de calidad!
CAMINO. ¿No sois Don García vos?
GARCIA. El mismo.
CAMINO. Que os guarde Dios.
No os hallé en casa; tomad.
(Le da la carta).
GARCIA. (Lee). «La fuerza de una ocasión me hace exceder del orden de mi estado. Sabrála vuesa merced esta noche por un balcón que le enseñará el portador, con lo demás que no es para escrito, y guarde nuestro Señor, etcétera, etc.»
¿Quién este papel escribe?

CAMINO. Doña Lucrecia de Luna.
GARCIA. El alma sin duda alguna
que dentro mi pecho vive.
¿No es esta una dama hermosa
que hoy, antes de medio día,
vino á aquesta platería?
CAMINO. Sí, señor.
GARCIA. ¡Suerte dichosa!
Informadme por mi vida
de las prendas de esta dama.
CAMINO. Mucho admiro que su fama
esté de vos escondida.
Por que la habéis visto, dejo
de encarecer que es hermosa.
Es discreta y es virtuosa,
su padre es viudo y es viejo;
dos mil ducados de renta
los que ha de heredar serán,
bien hechos.
GARCIA. ¿Oyes, Tristán?
TRISTAN. Oigo, y no me descontenta.
GARCIA. ¿Es principal?
CAMINO. ¡No ha de ser!
Es noble. Luna su padre,
y fué Mendoza su madre.
TRISTAN. Reparos no hay que poner.
CAMINO. Doña Lucrecia, en efecto,
merece un rey por marido.
GARCIA. Amor, tus alas te pido
para tan alto sujeto.
¿Cuándo cumpliréisme el gusto
de mostrarme sus balcones?
CAMINO. Cuando dén las oraciones
las campanas de San Justo
serviros pienso á los dos.
GARCIA. Y yo lo agradeceré.
CAMINO. Para guiaros volveré
á tal hora; esperad vos.
GARCIA. Eso le dad por respuesta
á Lucrecia.
CAMINO. Adiós quedad.
(Entra en la botillería).

GARCIA. ¡Cielos, qué felicidad!
Amor, ¿qué ventura es esta?
Alienta con nuevos bríos
la esperanza de García.

TRISTAN. ¿Entra en la botillería
ese viejo? Es de los míos.
Como yo, alumno de Baco.
Aguarda y compararás
de los dos...

GARCIA. ¿A dónde vas?

TRISTAN. Voy á ver si lo sonsaco.
(Entra en la botillería así mismo).

ESCENA II

DON GARCÍA; á poco, DON JUAN DE SOSA

GARCIA. Es Don Juan quien viene allá,
pues no habiéndole encontrado
en casa, dejé el recado
de buscarme por acá.
(Sale Don Juan por la derecha).

J. SOSA. Como quien sois lo habéis hecho,
Don García.

GARCIA. ¿Quién podía,
sabiendo la sangre mía,
pensar menos de mi pecho?
Mas vamos, Don Juan, al caso,
porque llamádome habéis:
decid, ¿qué causa tenéis,
pues por sabella me abraso,
de hacer este desafío?

J. SOSA. Esa dama á quien hicísteis,
conforme vos me digísteis,
anoche fiesta en el río.
Con esto que he dicho, digo
cuanto tengo que decir;
y es que, ó no habéis de seguir
el bien que há tanto persigo,
ó si acaso os pareciese
mi petición mal fundada,

se remita aquí á la espada
y la sirva el que venciere.

GARCIA. La dama, Don Juan de Sosa,
(Con gran convicción).
de mi fiesta, ¡vive Dios!
que ni la habéis visto vos,
ni puede ser vuestra esposa
que es casada esa mujer;
y há tan poco que está aquí,
que sólo, Don Juan, de mí
se ha podido dejar ver;
y cuando eso hubiese sido,
de no verla más os doy
palabra, como quien soy,
ó quedar por fementido.

J. SOSA. Con eso se aseguró
la sospecha de mi pecho,
y he quedado satisfecho.

GARCIA. Falta que lo quede yo;
que haberme desafiado
no se ha de quedar así.
Libre fué el buscarme aquí,
mas habiéndome buscado,
me obligásteis, y es forzoso,
puesto que tengo que hacer
como quien soy, no volver
sino muerto ó victorioso.

J. SOSA. Pensad, aunque mis desvelos
hayáis satisfecho así,
que aún deja cólera en mí
la memoria de mis celos.
(Sacan las espadas y acuchíllanse).

ESCENA III

DICHOS; DON FÉLIX, por la derecha.

FELIX. ¡Deténganse, caballeros!

J. SOSA. ¡Dejadnos, por Dios!

GARCIA. ¡Que venga
agora quien nos detenga!

Felix. Vestid los fuertes aceros;
que fué falsa la ocasión
de esta pendencia.

J. Sosa. Ya había
dícholo así Don García;
pero por la obligación
en que pone el desafío,
desnudó el valiente acero.

Felix. Hizo como caballero
de tanto valor y brío.
Y pues bien quedado habéis
con esto, merezca yo
que á quien de celoso erró,
perdón y la mano deis.
(Han envainado. Don García da la mano á Don Juan).

Garcia. Ello es justo: lo mandáis,
y obedezco en el instante;
mas mirad de aquí adelante,
Don Juan, cómo os arrojáis.
Todo lo habéis de intentar
primero que el desafío,
que empezar es desvarío
por donde se ha de acabar.
(Vase por la derecha).

ESCENA IV

DON JUAN y DON FÉLIX

Felix. Extraña ventura ha sido
haber yo á tiempo llegado.

J. Sosa. ¿Que en efecto me he engañado?

Felix. Sí.

J. Sosa. ¿Cómo lo habéis sabido?

Felix. Súpelo de un escudero
de Lucrecia.

J. Sosa. Decid, pues,
como fué.

Felix. La verdad es
que fué el coche y el cochero
de doña Jacinta anoche

al Sotillo, y que tuvieron
gran fiesta los que en él fueron,
pero fué prestado el coche.
Vuestro paje, que las vió
entrar cuando anochecía,
y noticias no tenía
que lo prestaran, creyó
ser Jacinta la que entraba
y Lucrecia.

J. Sosa. Justamente.

Felix. Siguió el coche diligente;
y cuando en el Soto estaba,
entre la música y cena
lo dejó; y volvió á buscaros
á Madrid; y fué el no hallaros
ocasión de tanta pena;
porque yendo vos allá
se deshiciera el engaño.

J. Sosa. En eso estuvo mi daño;
mas tanto gusto me dá
el saber que me engañé,
que doy por bien empleado
el disgusto que he pasado.

Felix. Otra cosa averigüé
que es bien graciosa.

J. Sosa. Decid.

Felix. Es que el dicho Don García
hoy llegó, por vida mía,
de Salamanca á Madríd,
y por lo tanto, pasó
la noche en camino toda
y fué embeleco la boda
y festín que nos contó.

J. Sosa. ¿Qué decis?

Felix. Esto es verdad!

J. Sosa. ¡Embustero es Don García!

Felix. Eso un ciego lo vería;
porque tanta variedad
de tiendas, de aparadores,
vajillas de plata y oro,
tanto plato, tanto coro
de instrumentos y cantores;

¿no era mentira patente?
J. Sosa. Lo que me tiene dudoso
es que sea mentiroso
un hombre que es tan valiente,
que de su espada el furor
diera á Alcides pesadumbre.
Felix. Tendrá el mentir por costumbre,
y por herencia el valor.
J. Sosa. Vamos, que á Jacinta quiero
pedille, Félix, perdón,
y decille la ocasión
con que esforzó este embustero
mi sospecha.
Felix. Desde aquí,
nada le creo, Don Juan.
J. Sosa. Y sus verdades serán
ya consejos para mí.
(Vanse por la primera de la izquierda).

ESCENA V

JACINTA é ISABEL, con mantos.

Jacinta recelosa. Pausa. Vienen por la derecha.

Isabel. La pluma tomó al momento
Lucrecia, en ejecución
de tu agudo pensamiento,
y esta noche, en su balcón,
para tratar cierto intento,
le escribió que aguardaría
para que puedas en él
platicar con Don García.
Camino llevó el papel,
persona de quien se fía.
Jacinta. Mucho Lucrecia me obliga.
Isabel. Muestra en cualquiera ocasión
ser tu verdadera amiga.
Jacinta. Le vi á caballo, y fatiga
su recuerdo el corazón.
Dime. ¿Por qué el embustero

se nos fingió perulero
si es hijo de Don Beltrán?

ISABEL. Los que intentan siempre dan
gran presunción al dinero,
y con ese medio hallar
entrada en tu pecho quiso;
que debió de imaginar
que aquí le ha de aprovechar
más ser Midas que Narciso.

JACINTA. En decir que há que me vió
un año, también mintió,
porque Don Beltrán me dijo
que hoy mismo á Madrid su hijo
de Salamanca llegó.

ISABEL. Si bien lo miras, señora,
todo verdad puede ser;
que entonces te pudo ver
irse de Madrid y agora
de Salamanca volver.
Y cuando no, ¿qué te admira
que quien á obligar aspira
prendas de tanto valor,
para acreditar su amor,
se valga de una mentira?
Demás, que tengo por llano,
si no miente mi sospecha,
que no lo encarece en vano
que hablarte hoy su padre es flecha
que ha salido de su mano.
No ha sido, señora mía,
acaso que el mismo día
que él te vió y mostró quererte
fuera su padre á ofrecerte
por esposo á Don García.

JACINTA. Dices bien; mas imagino
que el término que pasó
desde que el hijo me habló
hasta que su padre vino,
fué muy breve.

ISABEL. El conoció
quien eres; encontraría
á su padre que saldría

(Señalando á la izquierda).
de casa, y él, que no ignora
tus cualidades y adora
justamente á Don García,
llegó á tratarlo al momento.
No te motejes de necia.

JACINTA. De sus prendas me contento.
Vamos á ver á Lucrecia.

ISABEL. Da por hecho el casamiento.
(Entran en la casa primera de la derecha).

ESCENA VI

DON BELTRÁN, por su casa; TRISTÁN, por la botillería.

BELTRAN. Que tan sin gusto me tenga
lo que su ayo me dijo.

TRISTAN. (¡Huy!)
(Va á marcharse al verse sorprendido).

BELTRAN. Aguarda. Tú con mi hijo
has andado todo el día;
si es que aquel ánimo fiel
que siempre en tu pecho he hallado
agora no te ha faltado,
dime lo que sientes de él.

TRISTAN. ¿Qué puedo yo haber sentido
en un término tan breve?

BELTRAN. Tu lengua es quien no se atreve,
que el tiempo bastante ha sido,
y más á tu entendimiento.
Dímelo, por vida mía,
sin lisonja.

TRISTAN. Don García,
mi señor, á lo que siento
que he de decirte verdad,
pues que tu vida has jurado...

BELTRAN. De esta suerte has obligado
siempre á ti mi voluntad.

TRISTAN. Tiene un ingenio excelente
con pensamientos sutiles,
mas caprichos juveniles

con arrogancia imprudente.
De Salamanca reboza
los vicios, lleva en los labios
los contagiosos resabios
de aquella caterva moza;
aquel hablar arrojado,
mentir sin recato y modo,
aquel jactarse de todo
y hacerse en todo extremado.
Hoy en término de una hora
echó cinco ó seis mentiras.

Beltran. ¡Válgame Dios!

Tristan. ¿Qué te admiras?
Pues lo peor falta agora;
que son tales, que podrá
cogerle en ellas cualquiera.

Beltran. ¡Ay Dios!

Tristan. Yo no te dijera
lo que tal pesar te da
á no ser de ti forzado.

Beltran. Tu fe conozco y tu amor.

Tristan. A tu prudencia, señor,
advertir será excusado
el riesgo que correr puedo
si esto sabe Don García,
mi señor.

Beltran. De mí te fía;
pierde, Tristán, todo el miedo.
Hoy á mi hijo he de hablar
sin tardanza.

(Va Tristán hacia la derecha, como mirando si llega Don García).

ESCENA VII

DON BELTRÁN, solo.

¡Santo Dios!
pues esto permitís vos,
esto debe de importar.
A un hijo solo, á un consuelo

que en la tierra le quedó
á mi vejez triste, dió
tan gran contrapeso el cielo.
Ahora bien, siempre tuvieron
los padres disgustos tales;
siempre vieron muchos males
los que mucha edad vivieron.
¡Paciencia! Hoy he de acabar,
si puedo, su casamiento;
con la brevedad intento
este daño remediar,
antes que su liviandad,
en la Corte conocida,
los casamientos impida
que pide su calidad.
Por dicha, con el cuidado
que tal estado acarrea,
de una costumbre tan fea
se vendrá á ver enmendado;
que es vano pensar que son
el reñir y aconsejar
bastantes para quitar
una fuerte inclinación.

ESCENA VIII

DON BELTRÁN, DON GARCÍA y TRISTAN

Don García por la derecha.

GARCIA. (¡Jesús! Topé con mi padre).
TRISTAN. (Mucho cuidado, que el viejo
hoy gasta humor de golilla).
Aquí está mi señor.
BELTRAN. Bien; déjanos.
TRISTAN. (Esto es decir que me tome
una jarra de lo añejo).
(Vase á la botillería).

ESCENA IX

DON BELTRÁN y DON GARCÍA

BELTRAN. Acércate.
GARCIA. Padre mío.
(¡Qué mirada! ¡Todo tiemblo!) (Pausa).
BELTRAN. ¿Sois caballero, García?
GARCIA. Téngome por hijo vuestro.
BELTRAN. ¿Y basta ser hijo mío
para ser vos caballero?
GARCIA. Yo pienso, señor, que sí.
BELTRAN. ¡Qué engañado pensamiento!
Sólo consiste en obrar
como caballero el serlo.
¿Quién dió principio á las casas
nobles? Los ilustres hechos
de sus primeros autores,
sin mirar sus nacimientos.
Hazañas de hombres humildes
honraron sus herederos;
luego en obrar bien ó mal
está el ser malo é ser bueno.
¿No es así?
GARCIA. Que las hazañas
den nobleza, no lo niego,
mas no neguéis que sin ellas
también las da el nacimiento.
BELTRAN. Pues si honor puede ganar
quien nació sin él, ¿no es cierto
que, por el contrario, puede
quien con él nació perderlo?
GARCIA. Es verdad.
BELTRAN. Luego si vos
obráis afrentosos hechos,
aunque seáis hijo mío,
dejáis de ser caballero;
luego si vuestras costumbres
os infaman por el pueblo,
no importan paternas armas,
no sirven altos abuelos.

¿Ni qué cosa es que la fama
diga á mis oídos mesmos
que á Salamanca admiraron
vuestras mentiras y enredos?
¡Qué caballero y qué nada!
Si afrenta al noble y plebeyo
sólo el decirle que miente,
decid, ¿qué será el hacerlo
si vivo sin honra yo,
según los humanos fueros,
mientras de aquel que me dijo
que mentía no me vengo?
¿Tan larga tenéis la espada,
tan duro tenéis el pecho,
que pensáis poder vengaros
diciéndolo todo al pueblo?
¿Posible es que tenga un hombre
tan humildes pensamientos
que viva sujeto al vicio
mas sin gusto y sin provecho?
El deleite natural
tiene á los lascivos presos;
obliga á los codiciosos
el poder que da el dinero;
el gusto de los manjares
al glotón; el pasatiempo
y el cebo de la ganancia,
á los que cursan el juego;
su venganza, al homicida;
al robador, su remedio;
la fama y la presunción,
al que es por la espada inquieto;
todos los vicios, al fin,
ó dan gusto ó dan provecho,
mas de mentir, ¿qué se saca
sino infamia y menosprecio?

Garcia. Quien dice que miento yo
ha mentido.

Beltran. También eso
es mentir, que aun desmentir
no sabéis sino mintiendo.

Garcia. Pues si dais en no creerme...

BELTRAN. ¿No seré necio si creo
que vos decís verdad solo
y miente el lugar entero?
Lo que importa es desmentir
esta fama con los hechos,
pensar que este es otro mundo,
hablar poco y verdadero.
Mirad que estáis á la vista
de un rey tan santo y perfeto,
que vuestros yerros no pueden
hallar disculpa en sus yerros;
que tratáis aquí con grandes
títulos y caballeros,
que si os saben la flaqueza
os perderán el respeto;
que tenéis barba en el rostro,
que al lado ceñís acero,
que nacísteis noble al fin,
y que yo soy padre vuestro. (Noble orgullo).
Y no he de deciros más,
que esta sofrenada espero
que baste para quien tiene
calidad y entendimiento.
Y agora, porque entendáis
que en vuestro bien me desvelo,
sabed que os tengo, García,
tratado un gran casamiento.

GARCIA. (¡Ay, mi Lucrecia!)

BELTRAN. Jamás
pusieron, hijo, los cielos
tantas, tan divinas prendas
en un humano sujeto
como en Jacinta, la hija
de Don Fernando Pacheco,
de quien mi vejez pretende
tener regalados nietos.

GARCIA. (¡Ay, Lucrecia, si es posible,
tú sola has de ser mi dueño!)

BELTRAN. ¿Qué es esto? ¿No respondéis?

GARCIA. (¡Tuyo he de ser, vive el cielo!)

BELTRAN. ¿Qué, os entristecéis? Hablad.
No me tengáis más suspenso.

GARCIA. Entristézcome porque es
imposible obedeceros.
BELTRAN. ¿Por qué?
GARCIA. (De pronto). Porque soy casado.
(Estupefacción en Don Beltrán).
BELTRAN. ¡Casado! Cielos, ¿qué es esto?
¿Cómo sin saberlo yo?
GARCIA. Por fuerza, y está secreto.
BELTRAN. ¿Hay padre más desdichado?
GARCIA. No os aflijáis, que en sabiendo
la causa, señor, tendréis
por venturoso el efeto.
BELTRAN. Acabad, pues, que mi vida
pende sólo de un cabello.
GARCIA. (¡Agora os he menester
sutilezas de mi ingenio!)
En Salamanca, señor,
hay un caballero noble
de quien es la alcurnia Herrera
y Don Pedro el propio nombre.
A este dió el cielo otro cielo
por hija, de grandes dotes;
mas la enemiga fortuna
de sus bienes la hizo pobre.
Caso fué verla forzoso,
viéndola cegar de amores.
Pasé su calle de día,
rondé su calle de noche,
hasta que al fin, condolida
ó enamorada, responde,
porque también tiene amor
jurisdicción en los dioses.
Fuí acrecentando finezas,
y ella aumentando favores,
hasta ponerme en el cielo
de su aposento una noche.
Y cuando solicitaban
el fin de mi pena enorme,
conquistando honestidades
mis ardientes pretensiones,
siento que su padre viene
á su aposento; llamóle,

porque jamás tal hacía,
mi fortuna aquella noche;
ella turbada, animosa
(mujer al fin), á empellones
mi casi difunto cuerpo
detrás de su lecho esconde.
Llegó Don Pedro, y su hija,
fiingiendo gusto, abrazóle
por negarle el rostro, en tanto
que cobraba sus colores.

Beltran. Industria que indicios da
de ingenio que al mundo asombre.

Garcia. Asentáronse los dos,
y él, con prudentes razones,
le propuso el casamiento
con uno de los Monroyes.
Ella, honesta como cauta,
de tal suerte le responde,
que ni á su padre resista,
ni á mí, que la escucho, enoje.
Despidiéronse con esto,
y cuando ya casi pone
en el umbral de la puerta
el viejo los piés, entonces...
¡Malhaya, amén, el primero
que fué inventor de relojes!
Uno que llevaba yo
á dar comenzó las doce;
oyólo Don Pedro, y vuelto
hacia su hija, ¿de dónde
vino ese reloj?—le dijo.
Ella contesta, envióle
para que se lo aderecen
mi primo Don Diego Ponce,
por no haber en su lugar
relojero ni relojes.
Dádmelo, dijo su padre,
porque yo este encargo tome.
Pues entonces, doña Sancha,
que este es de la dama el nombre,
á quitármele del pecho
cauta y prevenida corre,

antes que llegar él mismo
á su padre se le antoje.

Beltran. Precaución que la acredita
de ingenio de los mayores.

Garcia. Quitémele yo, y al darle
quiso la suerte que toquen
á una pistola que tengo
en la mano los cordones;
cayó el gatillo, dió fuego;
al tronido desmayóse
doña Sancha; alborotado
el viejo, empezó á dar voces.
Yo, viendo el cielo en el suelo,
saqué rabioso el estoque.
A impedirme la salida,
como los bravos leones,
con sus armas sus hermanos
y sus criados se oponen.
Con felicidad por todo
mi espada y mi furia rompen;
pero al salir por la puerta,
como iba arrimado, asióme
la alcayata de la aldaba
por los tiros del estoque.
Aquí, para desasirme,
fuerza fué que atrás me torne,
y entre tanto mis contrarios
muros de espadas me oponen.
Doña Sancha vuelve en sí,
cierra la puerta, y dejóme
á mí con ella encerrado
y fuera á mis agresores.
Quisimos hacernos fuertes;
mas mis contrarios feroces
ya la pared me derriban
y ya la puerta me rompen.
Viendo á mi lado á la hermosa
de mis desdichas consorte,
por dar premio á sus lealtades,
por dar fin á sus temores,
hube de darme á partido
y pedirles que conformen

con la unión de nuestras sangres
tan sangrientas disensiones.
Partió á dar cuenta al Obispo
su padre, y volvió con orden
de que el desposorio pueda
hacer cualquier sacerdote.
Hízose, y en dulce paz
la mortal guerra trocóse,
dándote la mejor nuera
que nació del Sur al Norte.

Beltran. Las circunstancias del caso
son tales, que se conoce
que la fuerza de la suerte
te destinó esa consorte;
y así no te culpo en más
que en callármelo.

Garcia. Temores
de darte pesar, señor,
me obligaron.

Beltran. Si es tan noble,
¿qué importa que pobre sea?
¡Cuánto es peor que lo ignore,
para que, habiendo empeñado
mi palabra, agora torne
con eso á doña Jacinta!
Mira en qué lance me pones.
Vóime á su casa y temprano,
por mi vida, te recoge,
porque despacio tratemos
de tus cosas esta noche. (Vase por la derecha).

ESCENA X

DON GARCIA y TRISTÁN, que ha estado oyendo, medio oculto, cuanto se ha dicho.

Garcia. ¡Dichosamente se ha hecho!
Persuadido el viejo va.
Ya del mentir no dirá
que es sin gusto y sin provecho.
Pues es bien notorio gusto

el ver que me haya creído,
y provecho haber huído
de casarme á mi disgusto.
¡Qué fácil de persuadir
quien tiene amor suele ser!
Y qué fácil en creer
el que no sabe mentir.

(Acércase Tristán, que ha oído la última parte de la conversación).

Mi padre me dé perdón,
que esforzado lo engañé.

TRISTAN. Ingeniosa excusa fué;
pero, dime, ¿qué invención
agora piensas hallar,
con que no sepa que ha sido
el casamiento fingido?

GARCIA. Las cartas he de sacar
que á Salamanca escribiere,
y las respuestas fingiendo
yo mismo, iré entreteniendo
la ficción cuanto pudiere.

ESCENA XI

DICHOS; JACINTA, LUCRECIA é ISABEL, en el balcón. CAMINO se une á DON GARCIA

Un criado ha encendido el candilón de la botillería, en la que hay dos parroquianos.

LUCREC. ¿Que el hijo de Don Beltrán
es el indiano fingido?

JACINTA. Sí, amiga.

LUCREC. ¿A quién has oído
lo del banquete?

JACINTA. A Don Juan.

LUCREC. Pues ¿cuándo estuvo contigo?

JACINTA. Há dos horas que me vió,
y en contármelo gastó
lo que pudo estar conmigo.

LUCREC. Nunca tal enredo vi.
Buen castigo te merece.

JACINTA. Esos tres hombres parece
que se acercan hacia aquí.
(Suenan las oraciones Ha oscurecido el teatro).

LUCREC. Vendrá al punto Don García,
que ya es hora.

JACINTA. Tú, Isabel,
mientras hablamos con él,
á nuestros viejos espía.

LUCREC. Mi padre está refiriendo,
bien despacio, un cuento largo
á tu tío.

ISABEL. Yo me encargo
de avisaros en viniendo. (Vase).

CAMINO. Esta es la ventana á donde
os espera tanta gloria. (Vase por la derecha).

ESCENA XII

DICHOS, menos CAMINO é ISABEL

LUCREC. Tú eres dueño de la historia;
tú, en mi nombre, le responde.

GARCIA. ¿Es Lucrecia?

JACINTA. ¿Es Don García?

GARCIA. Es quien hoy la joya halló
de más precio que labró
el cielo en la Platería.
Es quien, en llegando á vella,
tanto estimó su valor,
que dió, abrasado de amor,
la vida y alma por ella;
soy, al fin, el que se precia
de ser vuestro, y soy quien hoy
comienzo á ser, porque soy
el esclavo de Lucrecia.

JACINTA. (Amiga, este caballero
para todas tiene amor). (A Lucrecia).

LUCREC. El hombre es embaucador.

JACINTA. El es un gran embustero.

GARCIA. Ya espero, señora mía,
lo que me queráis mandar.

JACINTA. Ya no puede haber lugar;
lo que trataros quería...

TRISTAN. ¿Es ella? (Al oido de su amo).

GARCIA. Sí.

JACINTA. Que trataros
un casamiento intenté
bien importante, y ya sé
que es imposible casaros.

GARCIA. ¿Por qué?

JACINTA. Porque sois casado.

GARCIA. ¿Que yo soy casado?

JACINTA. Vos.

GARCIA. Soltero soy. ¡Vive Dios!
Quien lo ha dicho os ha engañado.

JACINTA. (¿Viste mayor embustero?)

LUCREC. (No sabe sino mentir).

JACINTA. Tal me queréis persuadir.

GARCIA. ¡Vive Dios, que soy soltero!

JACINTA. Y lo jura.

LUCREC. Siempre ha sido
costumbre del mentiroso,
de su crédito dudoso
jurar para ser creído.

JACINTA. De vos, há rato en acecho,
oí desde este balcón
la sincera confesión
que á vuestro padre habéis hecho.

GARCIA. Si es con esa blanca mano
con la que el cielo quería
colmar la ventura mía,
no pierda el bien soberano,
pudiendo esa falsedad
probarse tan fácilmente.

JACINTA. (¡Con qué confianza miente!
¿No parece que es verdad?)

GARCIA. La mano os daré, señora,
y con eso me creeréis.

JACINTA. Vos sois tal que la daréis
á trescientas en un hora.

GARCIA. Mal acreditado estoy
con vos.

JACINTA. Es justo castigo;

porque mal puede conmigo
tener crédito quien hoy
dijo que era perulero
siendo en la Corte nacido,
y habiendo hoy mismo venido,
afirmó que un año entero
está en la Corte, y habiendo
esta tarde confesado
que en Salamanca es casado,
se está ahora desdiciendo,
y quien pasando en camino
toda la noche, contó
que en el río la pasó
con descaro peregrino.

Tristan. (Aparte). (Todo se sabe).

Garcia. Mi gloria,
escuchadme y os diré
verdad pura, que ya sé
en qué se yerra la historia.
Por las demás cosas paso,
que son de poco momento,
por tratar del casamiento,
que es lo importante del caso.
Si vos hubiéredes sido
causa de haber yo afirmado,
Lucrecia, que soy casado,
¿será culpa haber mentido?

Jacinta. ¿Yo la causa?

Garcia. Sí, señora.

Jacinta. ¿Cómo?

Garcia. Decíroslo quiero.

Jacinta. (Oye, que hará el embustero
lindos enredos ahora).

Garcia. Mi padre llegó á tratarme
de darme otra mujer hoy;
pero yo, que vuestro soy,
quise con eso excusarme
que mientras hacer espero
con vuestra mano mis bodas,
soy casado para todas,
sólo para vos soltero.
Este es el caso, mirad

si esta mentira os admira,
cuando ha dicho esta mentira
mi afición á la verdad.

LUCREC. (¿Mas si lo fuese?...)

JACINTA. (¡Qué buena
la trazó, y qué de repente!)
Pues ¿cómo tan brevemente
os pudo dar tanta pena?
¡Casi aún no visto me habéis,
y ya os mostráis tan perdido!
¡Aún no me habéis conocido,
y por mujer me queréis!

GARCIA. Hoy vi vuestra gran beldad
por vez primera, señora,
que el amor me obliga agora
á deciros la verdad.
Mas si la causa es divina,
milagro el efecto es,
que el dios niño, no con pies,
sino con alas camina.
Decir que habéis menester
tiempo vos para matar,
fuera, Lucrecia, negar
vuestro divino poder.
Decís que sin conoceros
estoy perdido. ¡Pluguiera
á Dios que no os conociera
por hacer más en quereros!
Que es difunta vuestra madre,
que sois sola en vuestra casa,
que de mil doblones pasa
la renta de vuestro padre.
Ved si estoy mal informado.
¡Ojalá, mi bien, que así
lo estuviéredes de mí!

LUCREC. (¡Casi me pone en cuidado!)

JACINTA. Pues Jacinta, ¿no es hermosa,
no es discreta, rica y tal
que puede el más principal
desealla por esposa?

GARCIA. Es discreta, y rica y bella,
mas á mí no me conviene.

JACINTA. Pues decid, ¿qué falta tiene?
GARCIA. La mayor, que es no querella.
JACINTA. Pues yo con ella os quería
casar, que esa sola fué
la intención con que os llamé.
GARCIA. Pues será vana porfía;
que por haber intentado,
mi padre, Don Beltrán, hoy
lo mismo, he dicho que estoy
en otra parte casado.
Y si vos, señora mía,
intentáis hablarme de ello,
perdonad, que por no hacello,
seré casado en Turquía.
Esto es verdad, ¡vive Dios!
porque mi amor es de modo
que aborrezco aquello todo,
mi Lucrecia, que no es vos.
LUCREC. (¡Ojalá!)
JACINTA. ¡Que me tratéis
con falsedad tan notoria!
Decid, ¿no tenéis memoria,
ó vergüenza no tenéis?
¿Cómo si digísteis vos
á Jacinta que la amáis,
agora me lo negáis?
GARCIA. ¿Yo á Jacinta? ¡Vive Dios,
que sólo con vos he hablado
desde que entré en el lugar!
JACINTA. Hasta aquí pudo llegar
el mentir desvergonzado.
Si en lo mismo que yo oí
os atrevéis á mentirme,
¿qué verdad podréis decirme?
Idos con Dios; y de mí
podéis desde aquí pensar,
si otra vez os diere oído,
que por divertirme ha sido,
como quien para quitar
el enfadoso fastidio
de los negocios pasados,
gasta los ratos sobrados

en las fábulas de Ovidio.
(Vanse del balcón las damas. Cierran las celosías).

ESCENA XIII

DON GARCÍA y TRISTÁN

GARCIA. ¡Escuchad, Lucrecia hermosa!
TRISTAN. Confuso quedo.
GARCIA. Estoy loco.
¡Verdades valen tan poco!
TRISTAN. En la boca mentirosa.
GARCIA. ¡Que haya dado en no creer
cuanto digo!
TRISTAN. ¿Qué te admiras,
si en cuatro ó cinco mentiras
te ha acabado de coger?
De aquí, si lo consideras,
conocerás claramente
que quien en las burlas miente
pierde el crédito en las veras.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Atrio de la iglesia de la Magdalena. Arcos ó soportales á un lado y otro. En el centro del foro, la puerta practicable de la iglesia. Tapiz y cuadro de ánimas. A la izquierda, la puerta de la Rectoría; á la derecha, la del Racionalato. Supónese que se viene de la calle por el primer término de la derecha.

ESCENA PRIMERA

CAMINO, que sale de la iglesia; LUCRECIA é ISABEL, junto á la derecha, en primer término.

LUCREC. ¿Y Jacinta?
CAMINO. Aún no ha venido.
Las capillas una á una
he visitado. En ninguna
la topé.
LUCREC. Pues ¿qué habrá sido?
A buscarla es bien que parta.
No perdamos los instantes.
CAMINO. Bien discurrido; pero antes
toma.
LUCREC. ¿Esto que es?
CAMINO. Una carta.
Me la entregó para ti
Tristán, de quien Don García
con justa causa confía
lo mismo que tú de mí,

y jura que Don García
está loco.

LUCREC. ¡Cosa extraña!
¿Es posible que me engaña
quien de esta suerte porfía?
El más firme enamorado
se cansa si no es querido.
¡Y este puede ser fingido
tan constante y desdeñado!

CAMINO. Yo, al menos, si en las señales
se conoce el corazón,
ciertos juraré que son,
por lo que he visto, sus males;
quien llora, quien desespera,
quien por que contigo estoy
me da dineros, que es hoy
la señal más verdadera,
yo me afirmo en que decir
que miente es gran desatino.

[LUC]REC. Bien se echa de ver, Camino,
que no le has visto mentir.
¡Pluguiera á Dios fuera cierto
su amor! Que, á decir verdad,
no tarde en mi voluntad
hallarán sus ansias puerto.
Que sus encarecimientos,
aunque no los he creído,
por lo ménos han podido
despertar mis sentimientos;
que dado que es necedad
dar crédito al mentiroso,
como el mentir no es forzoso
y puede decir verdad,
oblígame la esperanza
y el propio amor á creer
que conmigo puede hacer
en sus costumbres mudanza.
Y así, por guardar mi honor,
si me engaña lisonjero,
y si es su amor verdadero
porque es digno de mi amor,
quiero andar tan advertida

á los bienes y á los daños,
que ni admita sus engaños
ni sus verdades despida.

CAMINO. Dese parecer estoy.

LUCREC. Pues dirasle que, cruel,
rompí sin vello el papel,
que esta respuesta le doy.
Y luego tú, de tu aljaba,
le di que no desespere,
y que si verme quisiere,
venga ahora mismo á la octava
de la Madalena.

CAMINO. Voy.

LUCREC. Mi esperanza fundo en ti.

CAMINO. No se perderá por mí,
pues ves que Camino soy;
demás de que soy la quinta
esencia del escudero.

LUCREC. Vamos á verla, que quiero
volver con doña Jacinta.

(Vase por la derecha, primer término. Camino la abre paso haciendo una reverencia).

ESCENA II

DON GARCÍA y DON BELTRÁN

Don García sale del Racionalato. Don Beltrán de la Rectoría. Trae una carta en la mano.

GARCIA. En acecho de ella en pos
no doy consuelo á mi pena.
Aún no entró en la Madalena.

BELTRAN. Dios os guarde. (Vense).

GARCIA. Guardeos Dios.
(Queda un poco sorprendido).

BELTRAN. ¿Habéis escrito, García?

GARCIA. Esta noche escribiré.

BELTRAN. Pues abierta os la daré,
porque leyendo la mía,
(Le da una carta).
conforme á mi parecer

á vuestro suegro escribáis;
que determino que vais
vos en persona á traer
vuestra esposa, que es razón,
porque pudiendo traella
vos mismo, enviar por ella
fuera poca estimación.
(García vacila un poco).

GARCIA. Es verdad, mas sin efeto
será agora la jornada.

BELTRAN. ¿Y por qué?

GARCIA. Está embarazada, (De repente).
y hasta que un dichoso nieto
te dé, no es bien arriesgar
su persona en el camino.

BELTRAN. ¡Jesús! Fuera desatino
estando así caminar.
Mas, dime, ¿cómo hasta aquí
no me lo has dicho, García?

GARCIA. Porque yo no lo sabía;
y en la que ayer recibí
de doña Sancha, me dice
que... ya en ese estado está...

BELTRAN. Si un nieto varón me da
hará mi vejez felice.
Muestra, que añadir es bien
cuánto con esto me alegro.
(Recobra la carta que entregó).
Mas di, ¿cuál es de tu suegro
el propio nombre?

GARCIA. ¿De quién?

BELTRAN. De tu suegro.

GARCIA. (Aquí me pierdo).
Don Diego.

BELTRAN. O yo me he engañado,
ú otras veces le has nombrado
Don Pedro.

GARCIA. También me acuerdo
de eso mismo; pero son
suyos, señor, ambos nombres.

BELTRAN. ¡Diego y Pedro!

GARCIA. No te asombres,

que por una condición,
Don Diego se ha de llamar
de su casa el sucesor.
Llamábase mi señor
Don Pedro antes de heredar,
y como se puso luego
Don Diego, porque heredó,
después acá se llamó
ya Don Pedro, ya Don Diego.

BELTRAN. No es nueva esa condición
en muchas casas de España.
A escribirle voy.

GARCIA. (Extraña
fué esta vez mi confusión).

BELTRAN. Un *post scriptum*, García,
de mi letra, bien lo encuentro.

GARCIA. Así es la verdad.

BELTRAN. Pues entro
de nuevo en la Rectoría.
(Entra por la puerta izquierda).

ESCENA III

DON GARCÍA; á poco, TRISTÁN, por la derecha, que se supone ser la calle.

GARCIA. Al fin entendió la historia,
y hubo bien en que entender.
El que miente há menester
gran ingenio y gran memoria.
Perdido me vi, y en eso
al fin pararé, Señor.
(Entra corriendo Tristán).
Entretanto de mi amor
veré el bueno ó mal suceso.
¿Qué hay de Lucrecia? (Interés).

TRISTAN. Imagino,
aunque de dura se precia,
que has de vencer á Lucrecia
sin la fuerza de Tarquino.

GARCIA. ¿Recibió el billete?

TRISTAN. Sí,
aunque á Camino mandó
que diga que lo rompió,
que él lo ha fiado de mí;
y pues lo admitió, no mal
se negocia tu deseo,
si aquel epigrama creo
que á Nevia escribió Marcial:
«Escribí; no respondió
Nevia, luego dura está;
mas ella se ablandará,
pues lo que escribí leyó.»
GARCIA. Que dice verdad sospecho.
TRISTAN. Camino está de tu parte,
y promete revelarte
los secretos de su pecho;
y que ha de cumplillo espero
si andas tú cumplido en dar,
que para hacer confesar
no hay cordel como el dinero;
y aun fuera bueno, señor,
que conquistaras tu ingrata
con dádivas, pues que mata
con flechas de oro el amor.
GARCIA. Nunca te he visto grosero
sino aquí en tus pareceres.
¿Es esta de las mujeres
que se rinden por dinero?
TRISTAN. Virgilio dice que Dido
fué del Troyano abrasada,
á sus dones obligada
tanto como de Cupido.
¡Y era reina! No te espantes
de mis pareceres rudos,
que escudos vencen escudos,
diamantes labran diamantes.
GARCIA. ¿No viste que la ofendió
mi oferta en la platería?
TRISTAN. Tu oferta la ofendería,
señor, que las joyas no.
Por el uso te gobierna;
que á nadie en este lugar

por desvergonzado en dar
le quebraron brazo ó pierna.

GARCIA. Dame tú que ella lo quiera,
que darla un mundo imagino.

TRISTAN. Camino abrirá camino,
que es el polo de esta esfera.
Y por que sepas que tiene
en buen estado tu amor,
ella le mandó, señor,
que te dijera que hoy viene
Lucrecia á la Madalena,
á la fiesta de la octava,
como que él te lo avisaba.

GARCIA. ¡Dulce alivio de mi pena!
¿Con ese espacio me das
nuevas que me vuelven loco?

TRISTAN. Dóitelas tan poco á poco,
porque dure el gusto más
Dos tapadas.
(Mirando á la derecha).

GARCIA. ¡Tal recato!
Una es Lucrecia.

TRISTAN. Tal digo.

GARCIA. Quiero acecharla. Conmigo
entra en el Racionalato.

TRISTAN. ¿Conoces al racionero?

GARCIA. Lo conozco.

TRISTAN. Más aún
te servirá darle un
escudo al demandadero.
(Entran en la primera de la derecha).

ESCENA IV

JACINTA y LUCRECIA, con mantos.

JACINTA. ¿Que prosigue Don García?

LUCREC. De modo, que con saber
su engañoso proceder,
como tan firme porfía,
casi me tiene dudosa.

JACINTA. Quizás no estés engañada;
que la verdad no es vedada
á la boca mentirosa.
Yo me holgaré que por ti,
amiga, me haya trocado,
y que tú hayas alcanzado
lo que yo no merecí;
porque ni tú tienes culpa,
ni él me tiene obligación;
pero ve con prevención,
que no te queda disculpa
si te arrojas en amar
y al fin quedas engañada
de quien estás ya avisada
que sólo sabe engañar.
LUCREC. Gracias, Jacinta, te doy,
mas tu sospecha corrige;
que estoy por creerle dije,
no que por quererle estoy.
JACINTA. Obligárate el creer,
y querrás, siendo obligada,
y así es corta la jornada
que hay de creer á querer.
LUCREC. Pues ¿qué dirás, si supieres
que un papel he recibido?
JACINTA. Diré que ya lo has creído,
y aún diré que ya lo quieres.
LUCREC. Erraráste; y considera
que tal vez la voluntad
hace por curiosidad
lo que por amor no hiciera.
¿Tú no le hablaste gustosa
en la platería?
JACINTA. Sí.
LUCREC. ¿Y fuíste en oirle allí
enamorada ó curiosa?
JACINTA. Curiosa.
LUCREC. Pues yo con él
curiosa también he sido
como tú en haberle oído,
en recibir su papel.
JACINTA. Notorio verás tu error

si adviertes que es el oir
cortesía, y admitir
un papel claro favor.

LUCREC. Eso fuera á saber él
que su papel recibí,
mas él piensa que rompí
sin leello su papel.

JACINTA. Pues con eso es cierta cosa
que curiosidad ha sido.

LUCREC. En mi vida me ha valido;
tengo gusto el ser curiosa.
Y por que su falsedad
conozcas, escucha y mira
si es mentira la mentira
que más parece verdad.
(Saca un papel y lo abre).

ESCENA V

DICHAS; TRISTÁN y DON GARCÍA, de puntillas casi, por la puerta del Racionalato; Jacinta y Lucrecia están de espaldas á ellos. Estas han cambiado de posición.

TRISTAN. ¿Ves la que tiene en la mano
un papel?

GARCIA. Sí.

TRISTAN. Pues aquella
es Lucrecia.

GARCIA. (¡Oh, causa bella
de dolor tan inhumano!
No sepa que estoy aquí).

JACINTA. Lee bajo, que darás
mal ejemplo.

LUCREC. No me oirás,
toma y lee para ti. (Da el papel á Jacinta).

JACINTA. Eso es mejor parecer.

TRISTAN. Bien el fin se consiguió.

GARCIA. Tú, si ves mejor que yo,
procura, Tristán, leer.
(Hacen ambos esfuerzos intentando leer desde lejos).

JACINTA. (Lee).
«Ya que mal crédito cobras

de mis palabras sentidas,
dime si serán creídas,
pues nunca mienten las obras.
Que si consiste el creerme,
señora, en ser tu marido,
y ha de dar el ser creído
materia al favorecerme,
por este, Lucrecia mía,
que de mi mano te doy
firmando, digo que soy
ya *tu esposo, Don García*».

GARCIA. ¡Vive Dios, que es mi papel!

TRISTAN. Pues qué, ¿no lo vió en su casa?

GARCIA. Por ventura lo repasa
regalándose con él.

TRISTAN. Señor, gran prudencia ten.

GARCIA. Como quiera soy dichoso.

JACINTA. Él es breve y compendioso,
ó bien siente ó miente bien.

(García exhibiéndose).

GARCIA. Volved los ojos, señora,
cuyos rayos no resisto.

JACINTA. (Cúbrete, pues no te ha visto,
y desengáñale ahora.

(A Lucrecia, que la obedece).

LUCREC. Disimula y no me nombres.

(Tápanse ambas).

GARCIA. Corred los delgados velos
á ese asombro de los cielos,
á ese cielo de los hombres.
¿Posible es que os llego á ver
homicida de mi vida?
Mas como sois mi homicida,
en la iglesia hubo de ser.
Si os obliga á retraer
mi muerte, no hayáis temor,
que de las leyes de amor
es tan grande el desconcierto,
que dejan preso al que es muerto,
y libre al que es matador.
Yo espero que de mi pena
estáis, mi bien, condolida,

si el estar arrepentida
os trajo á la Madalena.
Ved como el amor ordena
recompensa al mal que siento,
pues si yo llevé el tormento
de vuestra crueldad, señora,
la gloria me llevo agora
de vuestro arrepentimiento.
¿No me habláis, dueño querido?
¿No os obliga el mal que paso?
¿Os arrepentís acaso
de haberos arrepentido?
Que advirtáis, señora, os pido
que otra vez me mataréis;
si por que en la iglesia os veis
probáis en mí los aceros,
mirad que no ha de valeros
si en ella el delito hacéis.

JACINTA. ¿Conocéisme?

GARCIA. Y bien, ¡por Dios!
Tanto, que desde aquel día
que os hablé en la platería,
no me conozco por vos.
De suerte que de los dos
vivo más en vos que en mí,
que tanto, desde que os vi,
en vos transformado estoy,
que ni conozco el que soy,
ni me acuerdo del qué fuí.

JACINTA. Bien se echa de ver que estáis
del que fuísteis olvidado,
pues sin ver qué sois casado,
nuevo amor solicitáis.

GARCIA. ¿Yo casado? ¿En eso dais?

JACINTA. ¿Que no?

GARCIA. ¡Qué vana porfía!
¡Fué, por Dios, invención mía!
Por ser vuestro.

JACINTA. O por no sello,
y si os vuelven á hablar de ello,
seréis casado en Turquía.

GARCIA. Y vuelvo á jurar, por Dios,

que, en este amoroso estado,
para todas soy casado
y soltero para vos.

JACINTA. (¿Ves tu desengaño?) (Aparte).

LUCREC. (Aparte). (¡Oh, cielos!
¡Apenas una centella
siento de amor, y ya della
nacen volcanes de celos!...)

GARCIA. Aquella noche, señora,
que en el balcón os hablé,
¿todo el caso no os conté?

JACINTA. ¿A mí en balcón?

LUCREC. (¡Ah, traidora!)

JACINTA. Advertid que os engañáis.
¿Vos me hablásteis?

GARCIA. Bien por Dios.

LUCREC. (Ap.) (¡Habláisle de noche vos
y á mí consejos me dais!)

GARCIA. Y el papel que recibísteis,
¿negaréislo?

JACINTA. ¿Yo papel?

LUCREC. (¡Oh, ved qué amiga tan fiel!)

GARCIA. Y yo sé que lo leísteis.

JACINTA. Pasar por donaire puede
cuando no daña el mentir,
mas no se puede sufrir
cuando ese límite excede.

GARCIA. ¿No os hablé en vuestro balcón,
Lucrecia, tres noches há?

JACINTA. (¡Yo Lucrecia! Bueno va.
Toro nuevo, otra invención.
A Lucrecia ha conocido,
y es muy cierto el adoralla,
pues finge, por no enojalla,
que por ella me ha tenido).

LUCREC. (Ap.) (Todo lo entiendo. ¡Traidora!
Sin duda que le avisó
que la tapada fuí yo,
y quiere enmendarlo agora,
con fingir que fué el tenella
por mí la causa de hablalla).

TRISTAN. (A García).

(Negar debe de importalla,
por la que está junto della,
ser Lucrecia).

GARCIA. (Así lo entiendo;
¿que si por mí lo negara
encubriéranse la cara?
¿Pero no se conociendo,
se hablaran las dos?)

TRISTAN. (Por puntos
suele en las iglesias verse
que parlan sin conocerse
los que aciertan á estar juntos).

GARCIA. Dices bien.

TRISTAN. Fingiendo agora
que se engañaron tus ojos
lo enmendaras.

(Durante este aparte cuchichean Lucrecia y Jacinta).

GARCIA. Los antojos
de un ardiente amor, señora,
me tienen tan deslumbrado,
que por otra os he tenido;
perdonad, que yerro ha sido
de esa cortina causado;
que como á la fantasía
fácil engaña el deseo,
cualquiera dama que veo
se me figura la mía.

JACINTA. (Ap.) (Entendíle la intención).

LUCREC. (Ap.) (Avisóle la taimada).

JACINTA. Según eso, la adorada
es Lucrecia.

GARCIA. El corazón,
desde el punto en que la vi,
la hizo dueña de mi fe.

JACINTA. (¡Bueno es esto!)

LUCREC. (¡Que ésta esté
haciendo burla de mí!
No me doy por entendida
por no hacer aquí un exceso).

JACINTA. Pues yo pienso que á estar deso
cierta, os fuera agradecida,
Lucrecia.

GARCIA. ¿Tratáis con ella?
JACINTA. Trato, y es amiga mía,
tanto, que me atrevería
á afirmar que en mí y en ella
vive sólo un corazón.
GARCIA. (¡Si eres tú, bien claro está!)
(¡Qué bien á entender me da
su recato y su intención!)
Pues ya que mi dicha ordena
tan buena ocasión, señora,
pues sois ángel, sed agora
mensajera de mi pena.
Mi firmeza le decid,
y perdonarme si os doy
este oficio.
TRISTAN. (Aparte). (Oficio es hoy
de las mozas de Madrid).
GARCIA. Persuadidla que á tan grande
amor ingrata no sea.
JACINTA. Hacedle vos que lo crea,
que yo la haré que se ablande.
GARCIA. ¿Por qué no creerá que muero,
pues he visto su beldad?
JACINTA. Porque si os dijo verdad,
no os tiene por verdadero.
GARCIA. Esta es verdad, vive Dios;
hacedle vos que lo crea.
JACINTA. ¿Qué importa que verdad sea,
si quien la dice sois vos?
Que la boca mentirosa
incurre en tan torpe mengua,
que solamente en su lengua
es la *verdad sospechosa.*
GARCIA. ¡Señora!...
JACINTA. Basta; mirad
que dais nota.
GARCIA. Yo obedezco.
JACINTA. (¿Vas contenta?)
LUCREC. (Yo agradezco,
Jacinta, tu voluntad).
(Vanse á la iglesia después de hacer una reverencia. Queda Don García como embobado mirándolas).

ESCENA VI

DON GARCIA y TRISTÁN

Garcia. ¿No ha estado aguda Lucrecia?
¡Con qué astucia dió á entender
que la importaba no ser
Lucrecia!
Tristan. A fe que no es necia.
Garcia. Sin duda que no quería
que aquella la conociese;
porque si quien es supiese...
Tristan. Claro está que no podía
obligalla otra ocasión
á negar cosa tan clara,
porque á ti no te negara
que te habló por su balcón;
pues ella misma tocó
los puntos de que tratásteis
cuando por él os hablásteis.
Garcia. En eso bien me mostró
que de mí no se encubría.
Tristan. Y por eso dijo aquello:
«Y si os vuelven á hablar dello,
seréis casado en Turquía.»
Y esta conjetura abona
más claramente el negar
que era Lucrecia, y tratar
luego en tercera persona
de sus propios pensamientos,
diciéndote que sabía
que Lucrecia pagaría
tus amorosos intentos
con que tú hicieses, señor,
que los llegase á creer.
Garcia. ¡Ay, Tristán! ¿Qué puedo hacer
para acreditar mi amor?
Tristan. ¿Tú quieres casarte?
Garcia. Sí.
Tristan. Pues pídelo.
Garcia. ¿Y si resiste?
Tristan. Parece que no la oíste

lo que dijo agora aquí:
«Hacedle vos que lo crea,
que yo la haré que se hablande.»
¿Qué indicio quieres más grande
de que ser tuya desea?
Quien tus papeles recibe
y quien te habla en sus ventanas,
muestras ha dado bien llanas
de la afición con que vive;
el pensar que eres casado
la refrena solamente,
y queda ese inconveniente
con casarte remediado,
pues es el mismo casarte
—siendo tan gran caballero—
información de soltero;
y cuando quiera obligarte
á que des información,
por el temor con que va
de tus engaños, no está
Salamanca en el Japón.

GARCIA. Sí está para quien desea;
que son ya siglos en mí
los instantes.

TRISTAN. Pues aquí,
¿no habrá quien testigo sea?

GARCIA. Puede ser.

TRISTAN. Es fácil cosa.

GARCIA. Al punto los buscaré.

TRISTAN. Uno, yo te le diré.

GARCIA. ¿Y quién es?

TRISTAN. Don Juan de Sosa.

GARCIA. ¿Qué, Don Juan de Sosa?

TRISTAN. Sí.

GARCIA. Bien lo sabe.

TRISTAN. Desde el día
que le hablé en la platería,
no más una vez lo vi.

GARCIA. No lo volverás á hallar.
(Cómicamente triste. Asombro en Tristán).
Pues que sé por experiencia
tu secreto y tu prudencia,

bien te lo puedo fiar.
A las siete de la tarde
me escribió que me aguardaba
en San Blas Don Juan de Sosa
para un caso de importancia.
Llegué al aplazado sitio
donde Don Juan me aguardaba
con su espada y con sus celos,
que son armas de ventaja;
su sentimiento propuso;
satisfice á su demanda,
y por quedar bien, al fin
desnudamos las espadas.
Elegí mi medio punto,
y haciéndole una ganancia
por los grados del perfil,
le di una fuerte estocada.
Sagrado fué de su vida
un *Agnus Dei* que llevaba,
que topando en él la punta,
hizo dos partes mi espada;
él sacó pie del gran golpe;
pero con ardiente rabia
me amaga, corriendo filos,
y como tan cerca me halla
—porque yo busqué el estrecho
por la falta de mis armas—
á la cabeza, furioso,
me tiró una cuchillada;
recibíla en el principio
de su formación y baja,
matándole el movimiento
sobre la suya mi espada.
¡Aquí fué Troya! Saqué
un revés con tal pujanza,
que, abriéndole en la cabeza
un palmo de cuchillada,
vino sin sentido al suelo,
y aún sospecho que sin alma.
Dejéle así, y con secreto
me vine. Esto es lo que pasa,
y de no verlo estos días,
Tristán, es esta la causa.

TRISTAN. ¡Qué suceso tan extraño!
¿Y se murió?
GARCIA. Cosa es clara,
porque hasta los mismos sesos
esparció por la campaña.
TRISTAN. ¡Pobre Don Juan! Mas ¿qué es esto
que sale aquí?
(Estupefacción al ver á Don Juan).
GARCIA. ¡Cosa rara!

ESCENA VII

DICHOS. De la Rectoría salen DON BELTRÁN y DON JUAN DE SOSA engolfados en gran conversación; GARCÍA y TRISTÁN, remóntanse hacia la iglesia.

TRISTAN. ¿También á mí me la pegas?
¡Al secretario del alma!
(Por Dios, que se lo creí
sin conocerle las mañas.
Mas, ¿á quién no engañarán
mentiras tan bien trovadas?)
GARCIA. (Sin duda que le han curado
por ensalmo).
TRISTAN. (Cuchillada
que rompió los mismos sesos,
¿en tan breve tiempo sana?)
GARCIA. (¿Es mucho? Ensalmo sé yo
con que un hombre en Salamanca,
á quien á cercen cortaron
un brazo con media espalda,
volviéndoselo á pegar,
en menos de una semana
quedó tan sano y tan bueno
como primero).
TRISTAN. ¡Ya escampa!
GARCIA. Esto no me lo contaron,
yo mismo lo vi. (Con gran firmeza).
TRISTAN. Eso basta.
GARCIA. De la verdad, por la vida,
no quitaré una palabra.
(Con gran seriedad).

TRISTAN. (¡Que ninguno se conozca!)
Señor, mis servicios paga
con enseñarme ese ensalmo.

GARCIA. Está en dicciones hebráicas,
y si no sabes la lengua,
no has de saber pronunciarlas.

TRISTAN. ¿Y tú, sábesla?

GARCIA. ¡Qué bueno!
Mejor que la castellana;
hablo diez lenguas.

TRISTAN. (Y todas
para mentir no te bastan.
Cuerpo de verdades lleno
con razón el tuyo llamas,
pues ninguna sale del,
ni hay mentira que no salga).

BELTRAN. ¿Qué decís?

J. SOSA. Digo verdad,
Ni caballero ni dama
tiene, si mal no me acuerdo,
de esos nombres Salamanca.

BELTRAN. (Sin duda que fué invención
de García, cosa es clara.
Disimular me conviene).
Gocéis por edades largas
con esa rica encomienda
de la cruz de Calatrava.

J. SOSA. Creed que siempre he de ser
más vuestro cuanto más valgo.
Ya cumplí con el Rector,
pariente y deudo del alma.
Y perdonadme que ahora,
por andar dando las gracias
á esos señores, no voy
sirviéndoos hasta vuestra casa.

BELTRAN. No, que de la Madalena
vengo á asistir á la octava.

(Vase Don Juan por la primera de la derecha).

ESCENA VIII

DON BELTRÁN, DON GARCÍA y TRISTÁN

BELTRAN. ¡Válgame Dios! ¿Es posible
que ni á mí me perdonaran
las costumbres de este mozo?
(Don Beltrán está casi junto al primer término de la derecha; Don García y Tristán cerca de la iglesia. Este insta á aquél para que hable con su padre).
¡Que aún á mí, en mis propias canas,
me mintiese al tiempo mismo
que riñéndoselo estaba!
¡Y que le creyese yo
en cosa tan de importancia
tan presto, habiendo ya oído
de sus engaños la fama!
Mas ¿quién creyera que á mí
me mintiera cuando estaba
reprendiéndole eso mismo?
Y ¿qué juez se recelara
que el mismo ladrón le roba
de cuyo castigo trata?
TRISTAN. (¿Determinaste á llegar?)
GARCIA. (Sí, Tristán).
TRISTAN. (Pues Dios te valga).
GARCIA. Padre... (Adelantándose).
BELTRAN. No me llames padre,
vil enemigo me llama,
que no tiene sangre mía
quien no me parece en nada.
Quítate de ante mis ojos
que, por Dios, si no mirara...
TRISTAN. (El mar está por los cielos;
mejor ocasión aguarda).
BELTRAN. (Aparte á Don García).
¡Cielos! ¿Qué castigo es este?
¿Es posible que á quien ama
la verdad como yo, un hijo
de condición tan contraria
le diésedes? ¿Es posible

que quien tanto su honor guarda
como yo, engendrase un hijo
de inclinaciones tan bajas?
¿Y á Gabriel, que honor y vida
daba á mi sangre y mis canas,
llevásedes tan en flor?
Cosas son que á no mirarlas
como cristiano...

GARCIA. (Aparte). (¿Qué es esto?)

TRISTAN. (Ap.) (Quítate de aquí. ¿Qué aguardas?)

BELTRAN. Déjanos solos, Tristán;
pero vuelve, no te vayas;
por ventura la vergüenza
de que sepas tú su infamia
podrá en él lo que no pudo
el respeto de mis canas.
Y cuando ni esta vergüenza
le obligue á enmendar sus faltas,
servirále, por lo menos,
de castigo el publicallas.
Di, liviano, ¿qué fin llevas?
Loco, di, ¿qué gusto sacas
de mentir tan sin recato?
Y cuando con todos vayas
tras tu inclinación, ¿conmigo
siquiera no te enfrenaras?
¿Con qué intento el matrimonio
fingiste de Salamanca
para quitarle también
el crédito á mis palabras?
¿Con qué cara bablaré yo
á los que dije que estabas
con doña Sancha de Herrera
desposado? ¿Con qué cara,
cuando sabiendo que fué
fingida esta doña Sancha,
por cómplices del embuste
infamen mis nobles canas?
¿Qué medio tomaré yo
que saque bien esta mancha?
Pues á mejor negociar,
si de mí quiero quitarla,

he de ponerla en mi hijo,
y diciendo que la causa
fuiste tú, ¿he de ser yo mismo
pregonero de tu infamia?
Si algún cuidado amoroso
te obligó á que me engañaras,
¿qué enemigo te oprimía?
¿qué puñal te amenazaba?
¿sino un padre, padre al fin,
que este nombre sólo basta,
para saber de qué modo
le enternecieron tus ansias?
¡Un viejo, que fué mancebo,
y sabe bien la pujanza
con que en pechos juveniles
prenden amorosas llamas!

GARCIA. Pues si lo sabes, y entonces
para excusarme bastara,
para que mi error perdones
agora, padre, me valga.
Parecerme que sería
respetar poco tus canas
no obedecerte, pudiendo,
me obligó á que te engañara.
Error fué, no fué delito,
no fué culpa, fué ignorancia;
la causa, amor; tú, mi padre.
Pues tú dices que esto basta,
y ya que el daño sufriste,
escucha la hermosa causa.
Doña Lucrecia, la hija
de Don Juan de Luna, es alma
de esta vida; es principal
y heredera de su casa,
y para hacerme dichoso
con su hermosa mano, falta
sólo que tú lo consientas
y declares que la fama
de ser yo casado tuvo
ese principio, y es falsa.

BELTRAN. ¡No, no! ¡Jesús! ¡Calla! ¿En otra
pretendes meterme? Basta

ya; si dices que esta es luz,
he de pensar que me engañas.

GARCIA. No, señor; lo que á las obras
se remite, es verdad clara;
y Tristán, de quien te fías,
es testigo de mis ansias.
Dilo, Tristán.

TRISTAN. Sí, señor;
lo que dice es lo que pasa.

BELTRAN. ¿No te corres de esto? Di,
¿no te avergüenzas que hayas
menester que tu criado
acredite lo que hablas?
(Dando á esto gran importancia).
Ahora bien, yo quiero hablar
á Don Juan, y el cielo haga
que dé á Lucrecia; que eres
tal, que es ella la engañada.
Mas primero he de informarme
en esto de Salamanca,
que ya temo que en decirme
que me engañaste me engañas,
que aunque la verdad sabía
antes que á hablarte llegara,
la has hecho ya sospechosa
tú con sólo confesarla.
Vuélvome á la Rectoría,
donde notaré una carta.
(Entra por la izquierda en la Rectoría).

GARCIA. Bien se ha hecho.

TRISTAN. ¡Y como bien!
Que yo pensé que probabas
en ti aquel ensalmo hebreo
que brazos cortados sana.
Por allí viene Don Juan
de Luna, á quien acompañan
otras gentes principales.
(Por la derecha).

GARCIA. Vendrán sin duda á la octava.
Es bien que á mi padre avise.
(Entra en la Rectoría).

TRISTAN. Tristán, tú á ver lo que sacas,

pues que tiene el racionero
buen aloque y buenas magras.
(Entra por la puerta de la derecha).

ESCENA IX

DON JUAN DE LUNA, DON JUAN DE SOSA y DON SANCHO. Sosa, trae en la mano un papel á guisa de credencial.

SANCHO. A milagro lo achaco en mi conciencia.
J. SOSA. Ha sido gran ventura que os topara.
SANCHO. ¿Ya el hábito salió?
J. SOSA. Yo á esa presencia,
sin el papel que veis, nunca llegara;
mas ya con él faltaba la paciencia,
que no quiso el amor que dilatara
la nueva un punto, si alcanzar la gloria
consiste en eso, de mi prenda cara.
Ya el hábito salió; si en la memoria
la palabra tenéis que me habéis dado,
colmaréis, con cumplirla, mi victoria.
SANCHO. Mi fe, señor Don Juan, habéis premiado
con no haber esta nueva tan dichosa
por un momento sólo dilatado.
A darla voy á mi Jacinta hermosa,
porque en la iglesia está rogando muda
á los cielos por vos.
J. SOSA. Por cierta cosa
tuve siempre al vencer, que el cielo ayuda
la verdad más oculta; en ser premiada
dilación pudo haber, pero no duda.
(Mientras Don Sancho se dirige á la iglesia, donde entra, salen de la Rectoría Don Beltrán y Don García, y Tristán de la puerta de enfrente. Hablan aparte con Luna Don Juan de Sosa, y Don Beltrán con Don García).
BELTRAN. Esta no es ocasión acomodada
de hablarle, porque hay gente, y una cosa
tan grave, á solas ha de ser tratada.
GARCIA. Antes nos servirá Don Juan de Sosa

en lo de Salamanca por testigo.

BELTRAN. ¡Que lo hayas menester! ¡Qué infame cosa!
En tanto que á Don Juan de Luna digo
vuestra intención podéis entretenello.

J. LUNA. ¡Amigo Don Beltrán!

BELTRAN. ¡Don Juan amigo!
Pediros algo que me importa tengo.

J. LUNA. A ser honrado en su demanda vengo.
(Habla aparte con Don Juan de Luna; Don García con Don Juan de Sosa).

GARCIA. Pudo, señor Don Juan, ser oprimido
de algún pecho de envidia emponzoñado
verdad tan clara, pero no vencida.
Podéis, por Dios, creer que me ha alegrado
vuestra victoria.

J. SOSA. De quien sois lo creo.

GARCIA. Del hábito gocéis encomendado
como vos merecéis y yo deseo.
(Siguen hablando silenciosamente).

J. LUNA. Es en eso Lucrecia tan dichosa,
que pienso que es soñado el bien que veo.
Con perdón del señor Don Juan de Sosa,
oid una palabra, Don García.
(Lo lleva aparte).
Que á Lucrecia queréis por vuestra esposa
me ha dicho Don Beltrán.

GARCIA. ¡El alma mía,
dicha, vida y honor en ella gano.

J. LUNA. Yo, desde aquí, por ella os doy la mano.
(Se dan las manos).

ESCENA X

DICHOS; JACINTA, LUCRECIA y DON SANCHO, por la iglesia.

LUCREC. (Al fin tras tantos contrastes
tan dulces esperanzas logras.)

JACINTA. (Con que tú logres la tuya
seré del todo dichosa).

J. LUNA. Ella sale con Jacinta

agena de toda gloria.
Dejad que albricias le pida
de nueva tan venturosa.
(Va hacia Lucrecia, que está á la izquierda de Don Sancho. Jacinta está á la derecha).

BELTRAN. (Aquí está Don Sancho. Mira
en qué vengo á verme agora).
(Aparte á García).

GARCIA. Yerros causados de amor
quien es cuerdo los perdona.

LUCREC. ¿No es casado en Salamanca?

J. LUNA. Fué invención suya engañosa,
procurando que su padre
no lo casase con otra.

LUCREC. Siendo así, mi voluntad
es la tuya y soy dichosa.

SANCHO. Llegad, ilustres mancebos,
á vuestras alegres novias,
que felices se confiesan
y os aguardan amorosas.

GARCIA. Agora de mis verdades
darán probanza las obras.
(Van Don Juan de Sosa y Don García hacia Jacinta).

J. LUNA. ¿A dónde vais, Don García?
Veis allí á Lucrecia hermosa.

GARCIA. ¿Cómo Lucrecia?

BELTRAN. ¿Qué esto?

GARCIA. Vos sois mi dueño, señora.
(A Jacinta).

BELTRAN. ¿Otra tenemos?

GARCIA. Si el nombre
erré, no erré la persona.
Vos sois á quien yo he pedido,
y vos la que el alma adora.

LUCREC. ¿Y este papel engañoso
que es de vuestra mano propia?
¿Lo que decís no desdice?

BELTRAN. ¡Que en tal afrenta me pongas!

J. SOSA. Dadme, Jacinta, la mano
y pondréis fin á estas cosas.

SANCHO. Dale la mano á Don Juan.

JACINTA. Vuestra soy. (La da).

GARCIA. ¡Perdí mi gloria!
BELTRAN. ¡Vive Dios! Si no recibes
á Lucrecia por esposa,
que te he de quitar la vida.
J. LUNA. La mano os he dado agora
por Lucrecia y me la dísteis.
LUCREC. No tal castigo me imponga
vuestro furor.
JACINTA. No; Lucrecia
es muy dama y muy hermosa,
y merece mucho más
que enlazarla á tal persona.
(Desprecia á Don García).
BELTRAN. ¡Has afrentado mis canas!
GARCIA. Pero, señor, ¡linda cosa!
Una vez en esta vida,
una no más, una sola,
dije verdad, y por ella
se me escarnece y acosa.
Nada, á mentir á raudales,
á mentir, ruede la bola...
BELTRAN. El mentir mancha los labios,
y en ti verás cuán dañosa
es la mentira, y verá
también el Senado agora
que en los labics del que miente
es la VERDAD SOSPECHOSA.
JACINTA. A Alarcón, genio inmortal
de los que á España enaltecen,
Lope y Calderón ofrecen
un sitio en su pedestal.
Llámale Tirso rival.
Rojas y Moreto son
los que al ver su inspiración
lo inundan de mirto y flores.
Copiadlos. Palmas, señores,
para Don Juan de Alarcón.—*Telón.*

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE RAFAEL MARÍA LIERN

EN TRES Ó MÁS ACTOS

La almoneda del diablo.
La paloma azul.
La espada de Satanás.
El laurel de plata.
Desde Céres á Flora.
Azulina.
Los amores del diablo.
¿Qué dirá el mundo?
La azucena del prado.
Los titiriteros.
El testamento azul.
El barberillo en Orán.
La escala del crimen (1).
Blancos y azules (2).
El rosal de la belleza.
Vivir al día.
Carmen (3).
La noche de Reyes.
El diablo en el cuero (4).
Surcouff.
Eloisa y Abelardo (5).
La verdad sospechosa (6).

EN DOS ACTOS

Una conversión en diez minutos.
Un liberal como hay muchos.
El cancán... ¡Atrás, paisano!
Setiembre del 68 y Abril del 69.
¡El teatro en 1876!
El señor de Cascarrabias.
Cinco semanas en globo.
El príncipe Lila.
Satanás II.
El diamante negro.
El destierro del amor.
Cibeles y Neptuno.
¡Bonito país!
El proceso del cancán.
El infierno á la española.
Matrimonios al vapor.
El gato real.
La suegra del rey de Indias.
La gata de oro.

---

(1) En colaboracion con el Sr. Mádan.
(2) Idem con D. José Nogués.
(3) Arreglo de la ópera francesa del mismo título.
(4) Arreglo en colaboración con el Sr. Colomé.
(5) Esta y la anterior, arreglo del francés.
(6) Refundición y arreglo de la obra de don Juan Ruiz de Alarcón.

EN UN ACTO

Una coincidencia alfabética.
Un animal raro.
Lo que le falta á mi marido.
Al borde del precipicio.
Aurora de libertad.
Una casa de fieras.
La perla salamanquina.
Por una ráfaga.
El mundo en un armario.
La venida del Mesías.
Un milord de Ciempozuelos.
Americanos de pega.
El retrato de Macaria.
Pedro el Veterano.
¡El demonio de los bufos!
La comedianta Rufina.
El impuesto de guerra.
Dos cómicos de provincias.
Las espinas de una... rosa.
Certamen español.
Los puntos negros.
El número fatal.
Una docena de fraile.
Un par de lilas.
Locuras madrileñas.
¡Viva la paz!
Las hijas de Fulano.
Carracuca.
Una alumna de Baco.
La salsa de Aniceta.
El marqués del Pimentón.
El canario gris.
Los excéntricos.
El quinto sacristán.
Lolilla.
Chín, chín, catapún Chán, chán.
La mar de mundos.
Doña Juana Tenorio.
Flor de maridos.
Los sietemesinos.
Dos candidatos.
Los feos.
Los bonitos.
Picio, Adán y Compañía.
Picio y Adán se despiden.
Dos tontos de capirote.
Artistas á cala.
El barbero por la Patti.
Don Abdón y don Senén.
Para quien es don Juan...
Al jardín, señores...
A orillas del mar.
El castañar español.
El barón de la Castaña.
La Pinchiara en Albacete.
Dos pichones del Turia.
Los estanqueros aéreos.
El asistente Cepillo.
Artistas para la Habana.
Don Pompeyo en Carnaval.
El barbero de Rosini.
Tamberlik, Mario y Latorre.
Patilla verde.
El pacientísimo Job.
El matador de Vallecas.
Pepito París.
Efectos de la Gran Vía.
Esta casa es muy de ustedes.
Percances en Nochebuena.
Manzanilla.
El primer abrazo.
El hijo del murciélago.

La casaca.
Pepa, Pepe y Pepín.
Los de Cuba.
Dos canarios de café.
El cotillón de Tapioca.
Soñar despierta.
Para dos perdices...
Pizpireta.
El caballero Gastón.
Entre verde y lila.
El regreso del cacique.

MONÓLGOS

El aceite de bellotas.
Nudos y nuditos.
Una carta á Angel Rubio.
J. S. F.
Aves y flores.

PIEZAS BILINGÜES

De femater á lacayo.
Les elecsions d'un poblet.
Un rato en l'hort d'el Santissim.
Nubolaeta d'estin.
En les festes d'un carrer.
La mona de Pascua.
La flor d'el cami d'el Grau.
La cotorra d'Alacuas.
Telémaco en l'Albufera.
Una broma de sabó.
Una paella.
Un dotor de secá.
Zapatero... á tus zapatos.
L'agüelo Patillagroga.
¡Carracuca!
La comedianta Rufina.
El que fuig de Deu.
Adán y Eva en Barchasot.
Arros en fesols y naps.
Dos Adans contra un aserp.
La ocasió la pinten calva.
Volatins en Chirivella.
Chavaloyes.
Cachupín en Çatarrocha.
La piedra de toque.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los Corresponsales de esta Galería ó acudiendo ál EDITOR, que concederá rebaja proporcionada al pedido á los Libreros ó Agentes.